SUMARIO

ESTUDIOS

- **¿Deporte o deportes?: haz y envés de un fenómeno polifacético**
  Patxi ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, SJ 711
- **El deporte como instrumento de educación e integración social**
  José Antonio GARCÍA QUINTANA, SJ 725
- **Deporte y espíritu**
  Juan José MORENO, SJ 739
- **Deporte y espiritualidad**
  Alfonso ALONSO-LASHERAS RIVERO, SJ 747
- **Correr con perseverancia en la carrera que se nos propone (Hb 13,1)**
  Fernando MILLÁN ROMERAL, OC 753

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Un silencio que clama al cielo**
  Servicio Jesuita a Refugiados y Delegación de Acción Social Provincia de Castilla SJ . . 761

DIÁLOGOS URGENTES

- **8. El diálogo ecuménico**
  Carmen MÁRQUEZ BEÚNZA 767

LOS LIBROS

- ∑ **Recensiones** 779

PRESENTACIÓN

EL DEPORTE

Allá por los años sesenta se difundió una publicidad, animada por el gobierno de entonces, cuyo slogan era «contamos contigo». Algo comenzaba a cambiar en la sociedad española en los años del desarrollo para que los poderes públicos comenzasen a incentivar la práctica deportiva. Quizá aquello tenía relación con las formas de trabajo emergentes, mucho menos penosas físicamente, y con la cultura del ocio que comenzaba entonces a generalizarse. De ahí se ha seguido una creciente atención al cuerpo, a la salud y al desarrollo de las capacidades. En estos cuarenta años de desarrollo y mejora económica han ido proliferando gimnasios, piscinas climatizadas e instalaciones deportivas de diversa índole. La práctica del deporte se ha extendido por todas partes y ha ido cobrando una mayor importancia en nuestras vidas. Hemos encontrado que nos ayuda a estar más a gusto con nosotros, a cuidar nuestra salud y, con frecuencia, a relacionarnos con otros. Para muchos ha sido una buena ayuda en su socialización y para la formación de su carácter, pues haciendo deporte han aprendido a seguir una regla, a luchar contra la dificultad, a no desanimar y aguantar, a sacrificarse por el conjunto, etc.

Por otra parte, la importancia de los medios de comunicación ha aumentado en estas décadas, y el deporte como espectáculo también ha ido cobrando una mayor magnitud. Han aumentado los certámenes deportivos internacionales, y los medalleros se han convertido en una especie de vara de medir el bienestar, el grado de desarrollo o la organización de un país, como lo es la renta *per capita* (también con sus imperfecciones y posibles manipulaciones como indicador). Con el avance y sofisticación de la sociedad de consumo, las marcas deportivas y otros productos de consumo también han ganado protagonismo en el deporte y se han convertido en mecenas de competiciones, equipos o deportistas. Y con ello hemos abierto otro frente de consumo, al hacerse necesarios para la práctica del deporte los caros y sofisticados equipamientos deportivos.

En ocasiones, el deporte facilita una catarsis social o un fortalecimiento de la cohesión social, pero, sobre todo, se ha ido haciendo, además de deporte, negocio y espectáculo. Tanto con el espectáculo –y más cuando hay guerra de audiencias– como con las marcas deportivas y otras marcas comerciales (de refrescos, de cigarrillos o de lo que sea) ha desembarcado en el deporte una gran cantidad de dinero. El cuerpo de los deportistas de élite, privilegiado quizá, pero no ilimitado, no aguanta las demandas que le hacen, tanto por el exceso de competiciones como por el rendimiento exigido en ellas. Aparece el *doping,* la sobreestimulación, las drogas... y, con ello, no poco deterioro humano. Un día son héroes, y otro día villanos. Por otro lado, la vida familiar y la participación política se han visto modificadas por las retransmisiones deportivas; y los políticos han aprendido a instrumentalizar los resultados deportivos y a hacer uso de los acontecimientos deportivos, según el antiguo lema «pan y circo».

El fenómeno se ha ido complicando; los deportistas, a veces portadores de dudosos valores, se han ido convirtiendo en modelos de identificación social tanto en sus comportamientos deportivos como extradeportivos; el deporte se ha ido supeditando al negocio, con la consiguiente instrumentalización de las personas; la fusión en la masa de espectadores de un estadio se ha convertido en mecanismo para descargar anónimamente una agresividad almacenada en unos modos de producción y una vida social que empantanan el sentido y amenazan la autoestima; pasiones, no siempre controladas, han ido emergiendo; alrededor del mundo del deporte ha crecido no poca violencia, incluso se ha podido llegar, en la alineación de convertirse en masa, a dar muerte a un árbitro o a un hincha de otro equipo.

Sin embargo, si miramos a la escuela, vemos que en ella ha ido cobrando mayor importancia el deporte, no sólo en el currículo, sino también en la misma formación humana de los alumnos a través de las actividades extraescolares, y ha sido para bien. Es uno de los reductos que quedan donde hay que seguir y respetar unas reglas objetivas que nos preceden, donde hay una ascética y tiene sentido posponer satisfacciones inmediatas en aras de un fin. Por ello puede ser una escuela privilegiada de formación moral de los y las jóvenes.

Como puede verse, el deporte es un fenómeno complejo, que presenta múltiples elementos de reflexión. Sobre alguno de ellos se ocupan las cinco colaboraciones de este número de *Sal Terrae.*

Patxi Álvarez de los Mozos afronta «esa realidad tan variada y polifacética que es el deporte» desde cuatro claves principales: su ser elemento integrador de la cultura; su industria; lo que en él hay de popular y de profesional; y su dimensión humana. El desarrollo de las mismas le permite concluir que «el deporte, como cualquier otra actividad humana, ofrece

muchos rostros contradictorios y constituye uno más de los campos en los que ejercer nuestra libertad, de manera que pueda estar orientado por las sendas del crecimiento humano y cristiano».

De la dimensión educativa y formativa del deporte se ocupa *José Antonio García Quintana.* ¿Qué valores posee el deporte? ¿Cómo cultivarlos y cómo desarrollar a través de ellos las múltiples dimensiones de nuestra vida (hedonista, agonista, afectiva, social, lúdica)? ¿Qué retos educativos tiene la enseñanza deportiva? A estas tres amplias preguntas intenta responder esta colaboración, que subraya en diferentes momentos cómo el deporte puede ser una ayuda inestimable para educar e integrar distintos y diversos caracteres, sensibilidades, ideologías y credos.

La experiencia es, en muchas ocasiones, una de las mejores maestras del ser humano. A partir de ella se comprende quizá más y mejor el sentido y el valor de la vida. Esto es especialmente válido en el ámbito del deporte. Por eso se ofrecen otros tres artículos, más breves en extensión, de tres autores que practican distintos deportes: *Juan José Moreno,* jugador y entrenador de baloncesto; *Alfonso Alonso-Lasheras,* jugador de balonmano y, sobre todo, de rugby; y *Fernando Millán,* corredor de fondo, de carreras populares y maratones. Los tres reflejan, cada uno a su modo, cómo el deporte ha sido y es para ellos una escuela de aprendizaje humano, vital, social, religioso y espiritual.

Visite nuestra página web:
www.salterrae.es
y vea nuestras ofertas para los suscriptores

sal terrae

ST 94 (2006) 711-723

ESTUDIOS

¿Deporte o deportes?: haz y envés de un fenómeno polifacético

Patxi Álvarez de los Mozos, sj*

No resulta sencillo definir qué es el deporte, una realidad que se antoja tan variada y polifacética y que presenta características tan diversas. Denominamos «deporte» la actividad que practica un grupo de ciclistas que los domingos se hacen en grupo a la carretera para recorrer juntos una ruta y divertirse. Es también deporte el esfuerzo diario de un niño por mejorar su tiro a canasta. O la concentración inquieta de un jugador de ajedrez mientras se decide a mover su alfil hacia una casilla comprometida. En las plazas del País Vasco, la gente se apiña para ver cómo un *aizkolari* tronza un grueso tronco de haya sobre el que se encarama para mejor aplicar el hacha. Hay quienes van juntos a la montaña para ascender alguna cumbre, tomándose tranquilamente el día, y terminan comiéndose un bocadillo y echando un trago de vino de una bota. También eso es deporte. E igualmente, claro está, el fenómeno complejo de las aficiones que jalean y gritan al apoyar a su equipo, repleto de profesionales que reciben desorbitadas cifras de dinero en una práctica deportiva que dominan durante unos breves años.

No está claro qué es lo que tienen en común todas estas prácticas, pues en unas domina el ejercicio físico, en otras el espectáculo, en algunas el puro juego y diversión, o la demostración de una habilidad, o

* Trabaja en la Ong «Alboan». Bilbao. <patxialvarez@sjloyola.org>.

la competición... De hecho, los especialistas en la materia son unánimes en señalar que no existe un acuerdo universal sobre el significado, propósito y organización de los deportes. En este artículo nos acercamos a este fenómeno tratando de esbozar algunos de sus contornos. En primer lugar, distinguiremos el deporte popular como elemento integral de la cultura del deporte profesional constituido en industria; a continuación señalaremos la relación, no siempre beneficiosa, entre ambos; y terminaremos hablando de la necesidad de rescatar la dimensión humana del deporte.

1. El deporte, elemento integral de la cultura

El deporte es un hecho antropológico que, según los estudiosos, ha estado presente en todos los momentos de la historia y en todas las culturas humanas. En los primeros estadios de la humanidad se encontraba ligado a los rituales religiosos y condicionado por las estructuras sociales y los sistemas de creencia. Es decir, era un elemento más del magma cultural, religioso, moral y jerárquico que, en las sociedades primitivas, conformaba una única realidad, y del que posteriormente la historia ha ido separando a su gusto algunos de sus componentes, otorgándoles identidad propia. El deporte es uno de ellos.

En torno a los deportes se generan idealizaciones sobre el cuerpo y la naturaleza humana, se perfilan los roles de lo masculino y lo femenino, aparecen comprensiones de la competencia y del honor, así como proyecciones de los valores fundamentales de la vida. Están igualmente implicados en las relaciones de poder y en la caracterización y separación de las clases sociales. Por ello pueden ser considerados un reflejo de los valores sociales y culturales y una fábrica de los mismos. En términos generales, los deportes reproducen la ideología dominante, si bien algunos sectores sociales reivindican su distinción escogiendo un deporte concreto bajo el que expresan su peculiaridad y, en ocasiones, su protesta.

En materia de salud física y psíquica son muy importantes los beneficios de una práctica deportiva regular y adaptada a la edad de la persona. Los estudios médicos llevados a cabo a lo largo de las últimas décadas nos han permitido conocer algunos de ellos. Hoy sabemos que previene las enfermedades cardiorrespiratorias y que favorece el bienestar físico. Quienes lo cultivan sin exceso envejecen con mayor cali-

dad de vida y previenen la obesidad. La práctica habitual reduce, a corto plazo, la ansiedad y, a largo plazo, la depresión. Mejora el estado anímico, vigor y vitalidad de la persona. Reduce la tensión y permite distanciarse de los problemas. Está demostrado que facilita la libre asociación de ideas y que provoca la generación de soluciones imaginativas[1]. Por otra parte, también son conocidos los desequilibrios físicos que producen los deportes de competición, así como la presión psicológica que se desarrolla en los deportistas de élite. Pero, en términos generales, podemos afirmar que los beneficios en materia de salud derivados de una práctica deportiva regular son motivo suficiente para que formen parte de la vida cotidiana de las personas.

Formación del carácter

Ya hemos señalado que los deportes en general son un campo de cultivo de valores. Si bien los más favorecidos suelen ser aquellos valores dominantes de cada sociedad –que no necesariamente son todos buenos, ni todos malos–, siempre existe un cierto margen de maniobra. En tal sentido, son un espacio educativo privilegiado. En ellos se pone a la persona en situaciones de presión y ansiedad poco frecuentes en la vida cotidiana y se le ayuda a adquirir en tales circunstancias –en las que muchas veces «perdemos los papeles»– buenos hábitos de respuesta. En el fondo, el aprendizaje de un deporte supone la interiorización de un arte. No es sólo pura técnica, sino dominio personal y despliegue de unas virtudes éticas y estéticas. El deporte practicado con seriedad introduce en el ámbito de lo lúdico el aprendizaje de aspectos fundamentales de la vida. De ahí su potencial formativo.

Un deporte bien practicado conlleva esfuerzo y autoexigencia, disciplina personal, asunción de las reglas del juego limpio, cierta organización de la propia vida, e implica confrontar con humor los propios fracasos y no empacharse al celebrar los triunfos. Y algo no menos importante: supone incorporarse a un lento proceso de crecimiento en el que constatar pacientemente los logros e identificar los aspectos de mejora. Todos éstos son componentes fundamentales del aprendizaje de la vida, que en el ámbito deportivo se adquieren con unas dosis de

1. ALFERMANN, D., «Effects of physical exercise on self-concetp and well-being»: *International Journal of Sport Psychology* 31/I (2000), pp. 47-65.

disfrute de las que carecen otros medios, por lo que las virtudes aprendidas en el deporte llevan consigo su propia recompensa y sus refuerzos positivos.

Pero no todas las prácticas deportivas incluyen los mismos potenciales. Es tal vez el deporte en equipo el que pone en juego un mayor número de elementos de crecimiento[2], pues en él todas las personas participan en una causa común, al servicio de la cual se dan cuenta de que han de subordinar sus propias demandas y su propio disfrute. El deporte en equipo permite conocer que más importante que el propio bienestar es el bienestar del equipo. Exige coordinación y mutuo entendimiento y, en este sentido, estar pendientes de las posibilidades y necesidades de los demás. La base sobre la que se construye el equipo es la confianza mutua. Se generan relaciones de amistad poderosas, sin grandes exigencias de destrezas comunicativas. Se precisa de disponibilidad para jugar en diferentes lugares, de acuerdo con las necesidades del conjunto, no pudiendo satisfacer siempre los propios deseos. Enseña que las distintas habilidades y el esfuerzo de todos son necesarios para que el equipo vaya adelante, y que no basta únicamente con la aportación propia; lo cual ayuda a apreciar las cualidades de los otros, por diferentes de nosotros que puedan ser. En su último reverso, implica mi fidelidad al equipo aun cuando yo no juegue, bien sea por enfermedad o porque otro jugador ha sido preferido frente a mí.

Ningún deporte es desarrollado en un vacío social, sino que el contexto del entorno influye poderosamente en los deportistas: familia y amigos que los apoyan, principalmente[3]. A través de ellos se generan redes sociales formales y no formales.

No cabe duda, por tanto, de que el deporte en general –y muy particularmente el practicado en equipo– promueve el desarrollo de determinadas virtudes y valores y, en este sentido, la formación del carácter[4]. Esta formación es el objetivo fundamental de toda tarea educativa; de

2. Contamos con una reflexión sobre la práctica física participativa de interés en ARRIBAS, H., «Actividad física, ocio y educación: el valor de las actividades físicas recreativas»: *Documentos de Estudios de Ocio* 27 (2004), Universidad de Deusto, Bilbao, pp. 195-210.
3. GOLD, D., «Factors affecting Olympic Performance: perceptions of athletes and coaches from more and less helpful teams»: *Sport Psychologist* 13, pp. 371-394.
4. Puede consultarse GUTIÉRREZ SANMARTÍN, M., *Valores sociales y deporte,* Gymnos, Madrid 1995, pp. 45ss.

ahí el papel relevante que en ella puede desempeñar el deporte cuando es bien practicado. E igualmente lo pernicioso que puede ser si se utiliza como espacio de manipulación, ambición, juego sucio o narcisismo.

Así que no todo son ventajas, sino que depende de cómo se juegue. Hoy el deporte –en tanto que práctica cotidiana y extendida en la sociedad, pues haré alusión al deporte profesional en el siguiente apartado– tiene también sus derivas enloquecidas. Mencionaré brevemente dos de ellas: el culto al cuerpo y el fomento del consumismo.

Culto al cuerpo

En los últimos tiempos, los estándares de belleza han derivado hacia cuerpos jóvenes, delgados y atléticos. Son objeto de las fotografías de revistas, promovidos por los anuncios publicitarios y deseados por los adolescentes como reclamo del atractivo personal. Los cánones de belleza posiblemente hayan generado siempre una cierta tiranía sobre las personas. En una sociedad que vive tanto de la imagen como la nuestra, tal vez ésta se haya subrayado un poco más, pues la belleza física se configura como elemento fundamental de proclama del valor personal. Es cierto que la genética le dota a cada uno de una «herencia» personal con unos límites infranqueables; pero en cuestión de cuerpo estilizado –para las mujeres– y fornido –para los hombres– todos podemos hacer algo para mejorar, antes de que la edad imponga su ley definitivamente.

Es en ese terreno donde la práctica del ejercicio físico puede pasar a convertirse en potro de tortura donde presentar nuestros sacrificios al ídolo de la belleza. El centro ya no lo ocupa mi persona, sino mi belleza. Los estantes del cuarto de baño se llenan de cosméticos, y la desproporción en cuanto al espacio que el deporte ocupa en el conjunto de mis actividades aumenta. Es un deporte instrumentalizado, al servicio de otra causa, y que habitualmente pierde su valor lúdico y formativo. Se supone que puede mantener sus virtudes en el terreno de la salud, pero no siempre, como sucede si sólo practico deporte cuando el calendario se asoma a los meses del verano y me siento impelido a hacer ejercicio físico por encima de mis posibilidades.

Fomento del consumismo

En torno a la práctica deportiva cotidiana hay todo un mercado que nos tienta con su ropa, sus artilugios, sus prendas sofisticadas y su estética propia. Hay quien invierte mucho más esfuerzo en seleccionar los me-

dios que utilizará que en la superación propia. Es una más de las alienaciones que experimenta este complejo mundo. Han proliferado enormemente las tiendas de deporte especializadas, donde el gran público puede abastecerse de bienes que presentan virtualidades que jamás le serán necesarias. Se trata del producto deportivo subordinado a su función estética.

Tanto en el culto al cuerpo como en el fomento del consumismo pueden verse dos casos de colonización de la práctica deportiva por intereses foráneos a la misma, que la instrumentalizan y que pueden pervertirla. Pero es claro que, una vez ocupado el espacio, todos los que se incorporan al mundo del deporte están expuestos a participar de sus desvíos.

2. La industria del deporte, una creación moderna

El deporte profesional y competitivo constituiría únicamente una parte del cuadro presentado en el apartado anterior. Sólo viven de ello unas pocas personas de las muchas que practicamos alguna forma de deporte. Así que –no por su cantidad, pero sí por su relevancia– debemos dedicar algunos párrafos a reflexionar acerca de él.

Los deportes modernos proceden de los siglos XVIII y XIX y surgen como combinación de los valores entonces nacientes: racionalidad, industrialización, democratización y urbanización. Con el paso del tiempo, algunos de ellos se han convertido en verdaderas industrias globales, configurándose en verdadera expresión del capitalismo, impulsando el consumo y movilizando el turismo.

Hace ya décadas que el deporte profesional tomó la decisión de introducirse en el mundo del mercado para prosperar. Hoy, en la mayor parte de los deportes ese fenómeno se ha desplegado por completo, bien porque existe una total dependencia de las marcas publicitarias, bien porque los deportistas –ellos y ellas– son tomados como moneda de cambio para hacer el mejor negocio. En buena medida podría afirmarse que sólo es profesional el deporte en tanto que industria, pues de lo contrario no subsiste. Los fines deportivos están altamente confundidos con los comerciales, de tal manera que podemos hablar de una verdadera industria del deporte.

¿Cuál es el secreto de su éxito? Hay múltiples causas para un fenómeno tan complejo. Para los más pequeños es espacio abierto para

la ensoñación y el deseo de emular las posibilidades de las estrellas. De igual modo, la sofisticación de las técnicas y el esfuerzo humano muy visible se combinan en acierto estético que atrae a mucha gente. Entre los adultos existe una identificación con equipos, marcas y atletas sobre los que se alarga la propia existencia. En último término, la televisión muy particularmente y los medios de comunicación de masas en general movilizan constantemente el interés del gran público, actuando de motor incansable, porque saben que es un filón sin igual de reclamo publicitario.

Un verdadero mercado

Por tanto, puesto que hablamos de industria, sus leyes son comerciales, y sus manifestaciones las propias de un mercado muy lucrativo. La subordinación del deporte al mercado es casi completa, por lo que prima la obtención de mayores rendimientos económicos[5]. Desde luego, ésa es la finalidad pretendida por los patrocinadores, que buscan una notoriedad que no conseguirían con otros medios. No es menor el interés de los medios de comunicación, que saben que cuentan aquí con una de las mejores maneras de obtener publicidad. Finalmente, los propios deportistas se configuran como profesionales liberales que buscan el postor más alto al que vender sus habilidades.

Si es mercado, el espacio que queda para otros valores diferentes de los del mundo del capital es muy marginal. A veces se intenta mostrar un idealismo en la identificación de los jugadores con determinados colores o en su capacidad de abnegación por el equipo, o... que fundamentalmente forma parte de la instrumentalización que el mercado hace de los valores humanos para obtener mayores beneficios.

La identificación de las aficiones con sus equipos

Son los equipos los que preferentemente se configuran como objeto de identificación de las personas. La propia identidad se extiende hasta los colores del club al que apoya el aficionado. Normalmente aparece una lealtad incondicional, gracias a la cual se pasan todas las pruebas por

5. Para ver algunos de los aspectos económicos del deporte en España puede consultarse: VV.AA., *La función del deporte en la sociedad,* Consejo Superior de Deportes, Madrid 1996, pp. 153ss.

las que tenga que pasar el equipo, por duras que sean. Las competiciones y partidos son una imagen simbólica de la lucha de la vida, donde todo se dirime en ganar o perder, en éxito o fracaso.

Esta identificación funciona como combustible que fomenta el fanatismo y, en ocasiones, la violencia. De igual manera, los propios clubes apoyan a veces a los sectores de la afición más capaces de «caldear» los encuentros y de mostrar más aguerridamente su condición de seguidores. Así, las hinchadas «ultra» se han visto en ocasiones favorecidas. La rivalidad puede llegar a alcanzar cotas elevadas de irracionalidad, pues se proyectan sobre un juego las propias frustraciones e ilusiones personales.

Es esta identificación la que también puede tentar a los políticos a utilizar una fuerza de cohesión tan fuerte en apoyo de sus personas o de sus partidos. Por este motivo, hay veces en que determinados equipos muestran una simpatía constante con algún tipo de tonalidad política. Y, por supuesto, los equipos canalizan muchas formas de nacionalismo.

Fenómeno televisivo

La televisión merece mención aparte, pues ha revolucionado la vistosidad del deporte. Sería imposible que el ciclismo tuviera tantos seguidores si no hubiera infinidad de cámaras siguiendo en todo momento al ciclista en pleno esfuerzo. Lo mismo sucedería con otros muchos deportes, cuya magia no podría ser captada de otro modo por el espectador.

Pero esto implica que el deporte deviene producto televisivo, embalaje de la propia práctica deportiva, que muchas veces acaba por fagocitarlo. El envoltorio disuelve el contenido. Las leyes del periodismo obligan a buscar al protagonista estrella, exageran la anécdota e inventan la noticia cuando no existe. Se subrayan los valores individuales, se idolatran algunos personajes que puedan resultar atractivos dentro o fuera del terreno de juego, y se fomenta la polémica vacía y las palabras provocativas. Se persigue la notoriedad de la noticia del modo que sea.

De tal manera que la televisión ha conseguido extraer, al día de hoy, las últimas consecuencias de la mercantilización del deporte. Sin su concurrencia, tal cosa no habría sido posible.

Violencia y dopaje

Los deportes de contacto cuentan con episodios inevitables de violencia inherentes a los propios lances del juego. Pero a veces la violencia se utiliza como medio de conseguir la victoria o de obtener alguna ventaja. Es de esta violencia de la que hablamos[6]. De hecho, una violencia bien administrada proporciona habitualmente mayores beneficios que perjuicios a quien la ejerce. A veces no es física, sino verbal, y con ella se persigue que el contrario pierda la concentración o se sienta asustado o humillado.

En el mismo terreno del «todo vale» se sitúa el dopaje, como medio de incrementar las propias posibilidades deportivas más allá de los límites naturales. En los últimos años se han venido destapando numerosas actividades de dopaje por parte de jugadores de las más diversas disciplinas. Se trata de una práctica más frecuente de lo que sería de desear entre los deportistas de élite.

Violencia y dopaje constituyen dos manifestaciones de la necesidad de ganar por los medios que haga falta. Son la expresión máxima de la perversión del deporte cuando se somete a la única ambición de ganar. Posiblemente porque el deporte de competición tiene en el triunfo su mayor recompensa y, a un tiempo, su máxima perdición.

3. La relación entre deporte profesional y prácticas deportivas populares

En principio, y tal como hemos intentado reflejar, el deporte profesional y las prácticas deportivas populares son fenómenos tan dispares que no merecerían ser nombrados mediante un mismo vocablo, pues da lugar a muchas confusiones. Sin embargo, es cierto que existe una continuidad entre uno y otro fenómeno –es el deporte popular el que nutre el deporte profesional–, las prácticas deportivas tienen las mismas reglas en uno y otro terreno, y el deporte de élite actúa de punta de lanza que abre nuevas posibilidades al deporte popular. Es por eso por lo que la relación entre estos dos mundos es tan fuerte.

6. Para profundizar en esta cuestión puede consultarse GARCÍA FERRANDO, en (Vv.Aa.) *La función del deporte en la sociedad,* pp. 221ss.

De hecho, el deporte profesional constituye el referente fundamental a la hora de practicar un determinado deporte. Pero, dado que se trata ya fundamentalmente de un producto mercantil, lo que se produce bajo esta relación es una nueva y progresiva colonización del ámbito deportivo popular por parte de una industria muy poderosa e interesada en esta relación.

Destacaré tres modos en los que ese deporte profesional incide sobre la práctica popular:

El brillo de los ídolos

Los medios de comunicación de masas son especialistas en la creación y encumbramiento de ídolos, seres humanos de carne y hueso que son caricaturizados con los rasgos de los héroes, pues de este modo resultan mucho más atractivos. Muchos de ellos son muchachos jóvenes, inteligentes y hábiles, que muy pronto deben adaptarse a un modo de vida radicalmente diferente de su modo de vida originario y al que no les resulta sencillo acomodarse. El dinero fácil y abundante, el «glamour» y la pasión que les rodean, los elogios desproporcionados, la sensación de ser seres de otro mundo...: todas estas cosas producen en ellos –más frecuentemente que en ellas– una desorientación vital de la que no siempre salen airosos. Algunos, sencillamente, naufragan, lo cual no resulta en absoluto extraño.

Sin embargo, son personajes públicos frecuentemente expuestos como modelos a imitar, objeto de deseo de muchos niños y adolescentes. Pero no ofrecen un estilo de vida que pueda ser considerado como deseable. En este sentido, proponer la figura de determinados deportistas como horizonte de vida para la gente más joven no es una decisión muy sabia. Son pocos los que no sucumben de un modo u otro a las mieles del triunfo, y la mayor parte de ellos no muestran en su vida rasgos de mayor dignidad humana. En términos generales, son simplemente eso: triunfadores prematuros y útiles del mercado. Necesitan mucho coraje personal para no dejarse llevar por la marea que les envuelve.

La presión sobre el «hijo perfecto»

La gran mayoría de los entrenadores de niños entre los 8 y 10 años están de acuerdo en afirmar que el problema fundamental, a la hora de tratar con estos niños, no son precisamente ellos, sino sus padres. Son

éstos los que presionan a sus hijos para que lleguen a convertirse en el sueño que sus progenitores desean y los que intentan eliminar todo obstáculo que pueda interponerse en su camino. Nuevamente les juega a estos padres el imaginario del deporte de élite en un ámbito mucho más sencillo, el de la práctica deportiva infantil, que, tratándose de niños, debe tener fundamentalmente un componente educativo.

Los más confundidos de estos padres promueven entre los niños la rivalidad en el interior del equipo, el individualismo, un deseo desproporcionado de triunfo y la presión sobre el entrenador de turno para que destaque y promocione la «notoria» habilidad del propio hijo.

Asoman nuevos valores

Tanto los estudiosos del deporte popular como las personas dedicadas al mismo han detectado que está apareciendo un nuevo humanismo deportivo, con una ética más centrada en el individuo, en su bienestar y su apariencia. No es de extrañar, porque, como decíamos al comienzo, cada sociedad produce su propia práctica deportiva, por medio de la cual tiende a promover los valores dominantes en ella.

En tal sentido, parece que salen perdiendo los valores de colaboración en equipo. Al final, el mensaje televisivo resulta triunfador: es el *crack* el que vale. El deporte al servicio de la creación y adoración de la estrella. Por suerte, las normas de juego propias de algunos deportes de equipo están muy lejos de promover estos valores, por lo que, afortunadamente, siguen constituyendo hoy un dique a la lógica necesaria para la construcción de ídolos.

4. Rescatar la dimensión humana del deporte

Por sus potencialidades y por sus riesgos –que en buena medida son crecientes, dado el proceso de mercantilización al que nos estamos refiriendo–, se hace necesario rescatar el deporte en su función humanizadora y de formación del carácter. Es ésta también la forma en que podemos incluirlo como parte integrante del propio crecimiento cristiano.

Como decíamos al comienzo, por sus repercusiones sobre la salud, algún modo adecuado de deporte debería formar parte de la vida cotidiana de toda persona, especialmente en aquellos obligados a un estilo

de vida más sedentario[7]. Aquí se hace necesaria la creatividad para convertir la práctica deportiva en un ámbito de disfrute personal, de mantenimiento de amistades y relaciones, y en el que estar atentos para que no se convierta en otra forma más de consumismo.

Debido a la enorme fuerza de succión que ejerce la industria del deporte sobre todos los modos de su práctica, seguirá siendo necesario mantener alta la guardia para que su lógica no invada en exceso el ámbito del deporte popular. En particular, en el caso de niños y adolescentes se trata de una herramienta educativa complementaria de la educación formal y con potencialidades muy grandes para algunas personas. Es por ello por lo que se precisa sostener el deporte de menores dentro del universo de los valores educativos, aunque para ello haya de hacerse un gran esfuerzo.

En este sentido, los entrenadores tienen un papel clave que desempeñar. En general, suelen ser personas con una gran motivación, una enorme capacidad de entrega y abnegación y mucho gusto por el deporte que practican. Sin embargo, en bastantes ocasiones se pierde la oportunidad de darles una formación que les permita situar su tarea en los parámetros educativos de los que hablamos. Trabajan para que su equipo gane, y lo hacen con algunas nociones básicas sobre lo que significa educar, aprendidas posiblemente a través de su propia experiencia como jugadores. Pero a veces esto no es suficiente. También es necesario protegerles de la presión que muchas veces ejercen sobre ellos los propios padres.

Como decíamos en el primer apartado del artículo, el deporte –bien practicado– constituye una herramienta privilegiada para la formación del carácter, para la adquisición de ciertas virtudes y para la valoración del esfuerzo en medio de un entorno lúdico que lleva en sí mismo sus propios refuerzos positivos[8]. En mi opinión, es el deporte practicado en equipo el que despliega las máximas potencialidades formativas. No se trata sólo de aprendizaje para la vida. En el juego en equipo se descubre quién tiene ciertas habilidades de relación humana y quién es ca-

7. VILLALBA CABELLO, F., «Evaluación de los efectos socioeconómicos de la práctica deportiva. La salud y el deporte»: *Documentos de Estudios de Ocio* 27 (2004) Universidad de Deusto, Bilbao, pp. 45-62.
8. En palabras de MIRANDA, J. y CAMERINO, O. (*La recreación y la animación deportiva,* Amarú Ediciones, Salamanca 1996, p. 59), ésta es su función más importante.

paz de subordinar el propio narcisismo al bien común. Pueden trabajarse aquellos aspectos en los que uno no da la talla y adquirir nuevas destrezas para la vida. De modo especial, la vida cristiana necesita de muchas de ellas. Dicho en palabras sencillas: un cristiano debería ser un buen compañero de equipo.

Sólo añadir, para poner fin a este último apartado, que la práctica deportiva permanece como uno de esos reductos en los que ejercitar la disciplina, mantener el esfuerzo y respetar los límites. Es un buen ámbito de ascética personal, uno de los mejores, en los que hoy la gente más joven puede ponerla en práctica y descubrir su valor para la formación del propio sujeto.

Así que el deporte –¿o tendremos ya que hablar de deportes?–, como cualquier otra actividad humana, ofrece muchos rostros contradictorios y constituye uno más de los campos en los que ejercer nuestra libertad, de manera que pueda estar orientado por las sendas del crecimiento humano y cristiano.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

J.M. RODRÍGUEZ OLAIZOLA, SJ

Un mapa de Dios.

En busca de las estructuras de salvación

200 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 11,00 €

A veces nuestra mirada es triste, desbordada por lo trágico de este mundo. Con menos frecuencia percibimos en torno el bien, la gracia, la alegría profunda, el evangelio..., que se hace real una y otra vez. Sin embargo, Dios, el amor, el bien y la reparación siguen siendo expresión de una salvación real. Intenta mirar el mundo (tu mundo habitual, tus gentes, tus ritmos cotidianos) con ojos creyentes. Piensa que «lo de Dios» tiene que ver con tu familia, amigos, trabajo, opciones y proyectos, con las noticias que ves o con las relaciones que construyes. Vive, ama, cree y encuentra.

ST 94 (2006) 725-737

El deporte como instrumento de educación e integración social

José Antonio García Quintana, sj*

Allá por los finales de los años 80 y comienzos de los 90, mientras realizaba mis estudios de Trabajo Social y Teología en Madrid, comencé a colaborar en una de las muchas asociaciones de barrio, el Colectivo «Tetuán-Ventilla», que por aquel entonces trabajaban a pie de calle en los programas de prevención y tratamiento de esa gran lacra social, la droga, que tantas y tan graves repercusiones ha tenido y sigue teniendo en los niños y jóvenes de muchas generaciones. Todos los que allí trabajamos, con más entusiasmo que medios, recordamos, en las contadas ocasiones en que volvemos a encontrarnos, cuánta imaginación e ilusión poníamos en nuestro trabajo. La inmensa mayoría éramos voluntarios que, desde diferentes lugares y con diferentes motivaciones, nos juntábamos para trabajar con un objetivo: evitar que los niños de aquellos barrios corrieran la misma suerte que sus padres; que por lo menos tuvieran la oportunidad de elegir y, si era posible, escapar a ese destino fatal que parecía aguardar a tanta gente.

Una de las experiencias que siempre recordaré fue cuando un atardecer, ya casi de noche, la madre de Zianne, un niño de origen marroquí, vino a recoger a su hijo al entrenamiento. Era una mujer guapa y de aspecto sencillo. Me miró con sus grandes ojos negros, que transmitían mucha paz, y en un buen castellano teñido de un acento inconfundible me dijo: «Gracias, padre [yo todavía no me había ordenado de sacerdote], gracias porque mi hijo es muy feliz aquí, en los entrenamientos y en los partidos: vive como en el paraíso». Tiene que llegar alguna experiencia parecida, normalmente muy sencilla, como un fo-

* Coordinador de Pastoral del Colegio «Jesús María-El Salvador» de Zaragoza. <josegki@yahoo.es>.

gonazo en la oscuridad de la rutina, para que nos ilumine la repercusión de lo que hacemos. Lo que yo entendí que esa mujer me estaba transmitiendo era la experiencia de felicidad que sentía aquel niño recién llegado a nuestro país: el poder comunicarse con sus nuevos amigos en ese lenguaje universal que es el juego, en este caso el fútbol, y el poder sentirse querido y aceptado por otros compañeros, independientemente de su credo, raza o lengua. Experiencia que, por su plenitud humana, creo que podría calificarse como cercana a lo religioso.

1. El deporte, ¿recuerdo del paraíso perdido?

A nadie se le escapa la gran fascinación que en nuestros días provocan acontecimientos deportivos de cierto relieve en cualquier país del mundo. Lo cual es especialmente evidente en el fútbol, quizás el deporte más globalizado y seguido en todo el mundo. Lo hemos podido comprobar en el reciente campeonato mundial de fútbol de Alemania o en el mundial de baloncesto que acaba de concluir en Japón.

Últimamente se han multiplicado los estudios sobre el deporte, al que se han dedicado concienzudas tesis desde diferentes perspectivas y disciplinas. La mayoría de ellos coinciden en la búsqueda de aspectos significativos para poder entender no sólo su aspecto antropológico, sino también el sentido trascendente de esta actividad. No podemos quedarnos en la repetición superficial de algo que es experimentado desde siempre: el *panem et circenses* de la antigua Roma. Tendríamos que preguntarnos: ¿a qué se debe la fascinación que produce el deporte, que lleva a equipararlo y darle la misma importancia que al pan?

En 1978, cuando se vivía con gran entusiasmo el mundial de fútbol en Argentina, el entonces arzobispo de Munich y actual Papa, Joseph Ratzinger, realizó unos breves comentarios sobre este tema en unos mensajes radiofónicos[1]. En ellos, con su acostumbrada profundidad y seriedad, J. Ratzinger apuntaba al deporte, y en concreto al fútbol, como una respuesta humana a ese deseo profundo de regreso al hogar pri-

1. Estos mensajes fueron luego escritos y llevados a un libro que recoge varios escritos del autor: Joseph RATZINGER, *Mitarbeiter der Wahrheit. Gedanken für jeden Tag,* 1990. En <www.conelpapa.com/benedictoxvi/futbol.htm> puede consultarse el texto en castellano.

mero, al paraíso, como una escapatoria de la dura existencia cotidiana. En los niños, decía, «tiene un sentido distinto, es un entrenamiento para la vida».

Casi todos los grandes pensadores que han reflexionado sobre el deporte bajo esta perspectiva (Gadamer[2], Duvignaud[3] o nuestro Ortega y Gasset[4]) coinciden en afirmar que bajo el deporte subyace la idea del juego como instante de libertad, placer y felicidad. J. Ratzinger va más allá al afirmar que detrás de la urgencia del juego está presente «el anhelo del paraíso». Es como si el ser humano, a través del deporte, se permitiera ensayar la vida a la manera en que fue creada por Dios, ensayo que «le permite y le enseña a cooperar con los demás dentro de un equipo, mostrándole cómo enfrentarse a otros de una forma noble». Concluía Ratzinger afirmando que el espíritu del juego debería servirnos para algo más que para entretenernos: «el fondo de la cuestión es que el juego debería mostrarnos una nueva forma de entender la vida».

Ahí es donde radica, para la mayoría de los autores que han reflexionado sobre este tema, la fascinación por el deporte: en ese sustrato lúdico que nos hace retornar a los sueños del Paraíso, de la vida totalmente feliz. El deporte, además, engloba toda una constelación de valores esenciales en toda vida humana: la ilusión, la imaginación, la libertad, la sana competitividad, la lucha y el esfuerzo, la suerte y, finalmente, el azar. El deporte es también una escuela de socialización, donde no sólo se experimenta el placer del juego por sí mismo, sino que se aprende toda una serie de lecciones esenciales para la vida: la primera, a saber ganar y perder, el espíritu de colaboración y cooperación en equipo, la aceptación de normas establecidas, la lucha y el esfuerzo, la superación, el sacrificio personal en pro del bien del equipo, el dejar de lado el propio lucimiento frente a la búsqueda del interés general... Lecciones, todas ellas, que se aprenden en la escuela del deporte, pero que –¿qué duda cabe?– revisten una gran importancia para la formación de la persona y tienen una gran proyección para toda la vida de quien practica una disciplina deportiva.

---

2. Hans-Georg GADAMER, «El juego como hilo conductor de la explicación ontológica», en *Verdad y método* I, Sígueme, Salamanca 2001.
3. Jean DUVIGNAUD, *El juego del juego,* Fondo de Cultura Económica, México 1997.
4. José ORTEGA Y GASSET, «El origen deportivo del Estado», en *Obras Completas,* Vol. II, Revista de Occidente, Madrid 1996, pp. 607-624.

Lo que este artículo pretende es recuperar y poner sobre el tapete el verdadero sentido que el deporte debe tener en nuestras vidas, la enorme importancia que tiene en la labor educativa y en los programas de integración social, así como la relación que el cultivo del deporte puede tener con la construcción del Reino y con los valores de Jesús. Juan XXIII lo recordaba cuando decía que el deporte pueda llegar a ser uno de esos «serenos paréntesis»[5] en medio de las esclavitudes de la vida presente que nos permiten disfrutar de la fiesta y la alegría del juego.

Así lo han entendido también los máximos especialistas en prevención social, y por eso han proliferado los programas deportivos en los suburbios de las grandes urbes del mundo. Veamos qué aspectos educativos podríamos resaltar.

2. El deporte como espacio educativo y pastoral

En muchos de nuestros centros educativos y pastorales, parroquias, asociaciones, etc., el deporte casi siempre ha tenido un papel importante. La práctica deportiva, al igual que lo académico y lo más explícitamente «pastoral», ha formado parte de cualquier acción educativa. Cuando hablamos de «acción educativa», todos estamos pensando en un público joven (niñez y adolescencia), pero cada vez más se podría ampliar a la edad adulta y a lo que solemos llamar «tercera edad», en la que es cada vez mayor la importancia del tiempo libre que se ocupa en actividades deportivas. De todas maneras, lo que se va a decir está pensado fundamentalmente para cualquier acción educativa. Entendemos que la educación y el acompañamiento pastoral de los jóvenes son dos realidades muy cercanas. Se trata, básicamente, de ayudarles a crecer como personas, para que vayan adquiriendo una identidad personal y unos valores y principios que les capaciten para afrontar el reto de vivir con autonomía y responsabilidad: vivir en sociedad, desarrollando con otras personas un proyecto común y ejercitando las aptitudes y actitudes individuales que puedan facilitar el crecimiento personal. Si definimos la pastoral como el «conjunto de acciones que la comunidad eclesial realiza, bajo la guía de espíritu de Jesús, para dar plenitud de vida y esperanza a todos los jóvenes»[6], entonces podemos afirmar que

5. JUAN XXIII, *Rallegramenti per il Centro Sportivo italiano* (26-04-59).
6. R. TONELLI, *Per una pastorale giovanile al servicio della vita e della speranza,* Leumann, Torino 2000, pp. 16-17.

la pastoral trata de mostrar y ofrecer una vida vivida desde la opción del evangelio, desde la Vida (con mayúsculas) de Jesús. Desde su estilo, obras, palabras, gestos y actitudes; es decir, desde el Evangelio. Ejemplo de todo esto lo constituye la cantidad de personas (sacerdotes, religiosos y laicos) que han encontrado y encuentran en las actividades deportivas, salidas a la montaña, excursiones, etc., un lugar privilegiado donde poder ofrecer y vivir esos valores del evangelio.

¿Qué valores intrínsecos se encuentran en la práctica deportiva y convendría tener en cuenta desde la dimensión educativa y pastoral? Señalaré algunas características de las actividades deportivas que favorecen el desarrollo de los valores humanos, tan íntimamente ligados a los valores evangélicos.

2.1. Un espacio libre, gratuito y espontáneo

El ámbito deportivo, como espacio educativo y pastoral, se caracteriza por ser libre y espontáneo. Es un espacio eminentemente gratuito, donde lo que se da y lo que se obtiene puede hacerse de manera libre y generosa. Hay preponderancia del lenguaje no verbal frente a lo académico, racional e ideológico, lo cual lo convierte en uno de los lugares donde mejor se puede entender la entrega, la dedicación y la gratuidad que deben presidir toda relación evangélica. Las relaciones educandos-educadores están cada vez más formalizadas y mediatizadas por contratos y leyes que nos pueden ahogar; pero también es cierto que todavía quedan muchas personas que entregan mucho de su tiempo y de sus energías para ayudar a otros a crecer y adquirir un desarrollo óptimo en la práctica deportiva. Siguen teniendo gran importancia la gratuidad, el amor por la práctica deportiva en sí misma, la entrega generosa y callada de tantas personas que dan un auténtico testimonio con su vida dedicada a otros.

2.2. Un espacio donde aprender a vivir la dimensión hedonista y agonista de la vida

Por sus propias características, la práctica deportiva, tanto individual como colectiva, encierra en sí misma una dimensión hedonista que la propia práctica lleva consigo. No entendiendo el hedonismo como un fin que busca el placer en sí mismo, sino como una dimensión de la vida necesaria para nuestro desarrollo personal y nuestro equilibrio psi-

cológico. Es indudable, y así lo aseguran los especialistas, que en el deporte, si no se disfruta jugando (ganando y perdiendo), poco éxito y perseverancia se tendrá en la práctica deportiva. Independientemente del resultado (mucho mejor si es favorable), tendré que buscar y encontrar el modo de disfrutar de lo que hago, pasarlo bien, reír, gozar con otros en el juego... Es una condición muy útil para alcanzar una visión positiva de la vida; y desde nuestra tradición cristiana, a veces tan parca en manifestar estas cosas, un lugar privilegiado para experimentar un sano disfrute de la vida.

Junto a esa dimensión gozosa, la dimensión agonista o de combate. Ambas están íntimamente unidas. Sabemos por experiencia que en casi todos los ámbitos de nuestra vida también ambas dimensiones suelen ir juntas. El combate que todo deporte exige, la entrega sin medida, la lucha por superar al adversario o mi propia marca personal, es una escuela de valores de primer orden. Vamos entendiendo que en la vida no se consigue nada sin entrega, sin esfuerzo personal, y que conocer nuestro *best* personal, nuestras capacidades y limitaciones, es una condición necesaria para poder vivir una vida en mayor plenitud.

2.3. Un espacio para desarrollar la dimensión afectiva y social

Observamos también que, tanto como practicantes de alguna disciplina deportiva o como observadores, cualquier deporte desencadena enseguida la indomable violencia de las fuerzas primitivas del mundo de los instintos. Rápidamente se ponen en juego esas pasiones, estimuladas por la lucha frente al competidor que tenemos delante. Estar atentos a esa dimensión va a exigir lidiar y poner en juego todo nuestro repertorio del mundo de los afectos y pasiones. Por un lado, educar en referencia a la instancia racional del propio yo, al bien común y al respeto a la otra persona. Es aquí donde se va a exigir de todo educador-entrenador una enorme delicadeza para encauzar, saber tratar y desarrollar en los deportistas un adecuado autodominio de uno mismo, de las propias pasiones y afectos, que indudablemente afectan a nuestro rendimiento. La referencia a la instancia racional (como sujetos que somos dotados de razón, no meros animales), al bien de todo el equipo y a las normas del juego son un buen contrapunto para ir educando y desarrollando en la persona esa sana dimensión afectiva y social que nos es necesaria para bandearnos en la vida.

2.4. Un espacio para aprender a vivir la dimensión lúdica de la vida

«Jugar» es hacer algo con alegría y con el único fin de entretenerse o divertirse, y «juego» es todo ejercicio recreativo sometido a unas reglas y en el cual se gana o se pierde. Todo deporte tiene algo de juego, sobre todo los deportes colectivos o de equipo, en los que hay que enfrentarse a un adversario o conjunto de ellos. «Jugar al baloncesto», «jugar al rugby», «jugar al balonmano»... es practicar un deporte en el que prima la dimensión de entretenimiento. Ése ha sido el origen de la mayoría de los deportes de equipo, que nacieron con un fin primordial: pasar el tiempo divirtiéndose y relacionándose con los demás.

La mayoría de los deportes de equipo han nacido en el siglo pasado, y algunos en los comienzos de la industrialización. El fútbol es un buen ejemplo de cómo ha evolucionado la mayoría de los deportes. Nació entre las clases de la floreciente burguesía inglesa, y rápidamente se extendió entre los obreros de las nacientes fábricas, a medida que las clases obreras fueron recortando tiempo de su horario laboral. Hay un vídeo conmemorativo de los 100 años de un histórico club español, el Real Sporting de Gijón, donde se explica que «el Sporting» nació en la playa de San Lorenzo. Efectivamente, cuando los obreros de las fábricas consiguieron tener una parte del domingo libre, observaron, paseando por la playa, cómo jugaban los hijos de la burguesía gijonesa, aquellos que estaban estudiando en Inglaterra y Alemania y traían ese nuevo deporte, para el que apenas se requería más que un balón de cuero redondo. Poco a poco, con la formación de sindicatos y hermandades de trabajo, también se crearon los «clubs recreativos», donde se favorecía el encuentro lúdico y la práctica deportiva. Fue así como el fútbol se desarrolló fácilmente en los núcleos más industriales de aquella época, como el País Vasco, Huelva-Sevilla, Asturias, Cataluña y la capital del Estado, Madrid.

Sería bueno intentar recuperar esa dimensión de juego, descanso y diversión que tiene todo deporte colectivo. Sobre todo en estos tiempos, en que se sobrevalora tanto cualquier resultado. Convendría recuperar el placer de jugar, de pasar el tiempo con otros, y la relación de las personas, sobre cualquier otra cosa.

2.5. Un espacio para aprender a vivir una sana competencia

Como hemos señalado anteriormente, el deporte como juego conlleva «ganar o perder», y un adecuado tratamiento de este aspecto nos pue-

de llevar a la rápida adquisición de habilidades con las que poder afrontar otros aspectos más importantes de la vida. Alguien decía que la observación atenta de un deportista al practicar su deporte, es decir, viendo «cómo juega», puede decirnos mucho de cómo es esa persona. El refranero popular está lleno de dichos de ese tipo: «en la mesa y en el juego se conoce al caballero»; «dime qué perder tienes y te diré como eres»; y cosas semejantes. La práctica de entrenar te enseña que hay mucha verdad en ese refranero. Observar cómo juega una persona, cuál es su posición preferida, cómo se mueve, si interrelaciona adecuadamente con otros o si «va a la suya», si es esforzado o no, etc., pone de manifiesto destrezas y actitudes que pueden corregirse. Son pequeñas correcciones que nos ayudan a superarnos. Una sana competencia conlleva también valorar adecuadamente los logros de nuestros rivales y fijarnos en aspectos positivos que otros tienen y que nosotros, como equipo, no hemos conseguido todavía. En este sentido, saber aceptar la derrota de una manera adecuada, a pesar de haberme esforzado todo lo posible, incluso de haber jugado mejor, aun tratándose de una derrota injusta fruto de un error arbitral o de otras circunstancias, nos ayuda a poder entrenarnos en afrontar dificultades futuras, fomentar la resistencia a las frustraciones y madurar para los futuros golpes que puedan venir en la vida.

2.6. Un espacio donde aprender a valorar y respetar nuestro cuerpo

En cualquier práctica deportiva entran en juego la dimensión física y la dimensión psicológica del individuo. Tengo que intentar optimizar al máximo mis cualidades físicas y saber cuáles son los aspectos motrices en los que soy mejor (fuerza, velocidad, resistencia, técnica...), para aprender a coordinarlas con los aspectos más racionales y psicológicos (motivación, determinación, entrega, estrategia, conocimiento de las reglas del juego...) y desarrollarlas de una manera adecuada. El éxito de cualquier práctica viene de la correcta combinación de estos factores en los diferentes contextos que se me pueden presentar: características de los adversarios, terrenos de juego, momentos del partido, qué hacer en una jugada de ataque o de defensa, situación de los jugadores, momento de la temporada...

Todos estos factores, convenientemente trabajados, aportan al individuo un óptimo conocimiento de sus potencialidades y también nos ayudará a descubrir enseñanzas importantes para la vida. Valorar nues-

tro cuerpo como algo esencial de mi persona que me capacita y me permite relacionarme con los demás, que además interacciona con los otros necesariamente y del que va a depender una manera de relacionarme con el mundo que me rodea. Así es posible fomentar conductas saludables, en las que el valor de la vida y el respeto por el propio cuerpo y el de los demás sean valores a tener en cuenta.

Todos estos valores los encontramos en muchas dimensiones de la vida, pero es en el deporte y a través del juego, y si es posible a edades tempranas, donde podemos ir trabajándolos y puliéndolos. Es también en ese espacio de juego gratuito y gratificante donde mejor pueden transmitirse y reflejarse los valores del evangelio.

3. Retos educativos de la enseñanza deportiva

A pesar de las bondades y posibilidades que nos ofrece la práctica deportiva, existe, sin embargo, un peligro cada vez mayor en todo lo que rodea y acompaña a la práctica deportiva profesional y, por lo tanto, también a la enseñanza y educación del deporte. Es un peligro siempre presente en cualquier época y lugar, pero que se ha visto agrandado por la repercusión mediática y la excesiva profesionalización de los deportes más seguidos por el público.

3.1. La práctica deportiva como objeto de consumo

Cada vez nos resulta más evidente en la vida que uno de los ejes vertebradores de la existencia es la capacidad de consumo. Es el motor de la economía y uno de los pilares en los que las personas basan su felicidad. Todos hemos constatado la proliferación de las «empresas de tiempo libre», empresas especializadas cuyo único objetivo es el beneficio económico. Planifican el descenso de un barranco, la escalada de un «tres mil» o una jornada de paseo a caballo, con los riesgos bien estudiados. También muchos padres entienden el deporte como un modo de «mantener ocupados» a sus hijos en la amplia jornada laboral, o que lo entienden no como una disciplina de superación y esfuerzo, sino como una actividad a través de la cual llegar a ser famoso o ganar mucho dinero. Es un peligro evidente, con el que topamos más cada día y en el que influye sobremanera la enorme publicidad y el mercado en que se ha convertido el mundo del deporte profesional.

3.2. La práctica deportiva como evasión

Uno de los peligros más comunes y clásicos del deporte ha sido concebirlo como un motivo de evasión, algo que practico únicamente para divertirme y pasarlo bien, olvidándome de esa otra dimensión tan importante que es el esfuerzo, el sacrificio, la lucha por la mejora personal y el compromiso con el equipo. Es fácil que con esto podamos llegar a formar personas muy infantiles, que vivan y sueñen en mundos irreales, pero con muy poca visión del complejo mundo en el que vivimos y con nulo realismo. Es la concepción del deporte como una forma de «huir del mundo», aparcar los problemas y volver a esos «paraí-sos perdidos» donde todo es azul y rosa.

3.3. La práctica deportiva como exceso

Es frecuente que asociemos la práctica del deporte a la etapa de la adolescencia-juventud y primeros años de la adultez. Normalmente concebimos que la práctica del deporte profesional tiene su límite en torno a los 35 años y está asociada a años de enorme desarrollo muscular y explosión de energía y fuerza. Es común, por tanto, que en muchas ocasiones los niños y adolescentes quieran imitar a los grandes deportistas en las prácticas concretas del esfuerzo. Hay que tener un especial cuidado con esto, pues no pocas veces forzamos a nuestros pequeños deportistas a esfuerzos impropios de su edad. Con lo cual puede que estemos favoreciendo lo que se ha dado en llamar una «cultura del exceso», donde lo importante es correr siempre hacia delante, forzando la máquina de nuestro cuerpo en una carrera sin fin y con el único objetivo de satisfacer las necesidades del momento. Habría que favorecer, junto con el necesario esfuerzo y sacrificio, un discurso donde se valore la moderación, la prudencia y la templanza de los deseos, del «siempre hay que ganar». El sano deporte nos enseña que sólo aceptando los propios límites personales y colectivos podremos situarnos mejor en el mundo y poner en marcha los mecanismos adecuados para superarlos. Es favorecer, como en toda labor educativa, la dialéctica deseo-límite.

3.4. Entre un deporte «light», descomprometido, y un deporte «competitivo»

El gran dilema en el que suele moverse la práctica deportiva en los primeros años del desarrollo de la persona es la concepción que los padres

y educadores tenemos de la función del deporte. Algo dijimos de esto en los puntos anteriores. Se trataría de asociar el deporte a la «cultura de lo fácil», de que todo se me debe: «como pago la cuota mensual, todo debe estar en orden y todo debe dárseme». Esta actitud impide que muchos entrenadores puedan trabajar el compromiso del joven deportista no sólo con el equipo, sino también con la institución que representa. Labores como recoger los balones y el material de entrenamiento, etc., ayudan a sentirnos parte de esos colores que defendemos. El gran peligro que tenemos es favorecer esto con una cultura en la que el dinero puede justificarlo y anularlo todo. De ahí nace el deporte descomprometido, como una forma de pasar el rato y divertirme, que no me exija mayor esfuerzo y me permita pasarlo bien. En el otro extremo, nos encontramos con actitudes propias de quienes buscan imitar el deporte profesional: viven los partidos de sus hijos o pupilos como si de una final se tratase, trasladando criterios y actitudes del deporte profesional al deporte escolar. Todos conocemos a padres que exigen la titularidad de su hijo, o que ven en su hijo a un futuro Ronaldinho o Gasol; o aquellos entrenadores que parece que en cada partido se juegan su propio prestigio y no el desarrollo y aprendizaje de los niños.

3.5. Entre el individualismo despreocupado y el colectivismo desencarnado

Otra gran tensión presente en la práctica deportiva y uno de los aspectos educativos a tener en cuenta es la actitud vigilante que debemos tener con aquellos que sólo «se apuntan» al equipo como un lugar donde mostrar sus habilidades personales, donde brillar y ser importantes. Rechazan todo esfuerzo que no les reporte un beneficio inmediato, y en muchas ocasiones conciben el equipo, tanto ellos como sus padres, como «un lugar de paso» hacia mejores clubes. También es otro peligro la actitud excesivamente gregaria, y en ocasiones de «gueto», que se inculca en muchos clubes y asociaciones, en los que se coarta la libertad e iniciativa personal de los jóvenes deportistas por parte de entrenadores excesivamente rígidos que viven el equipo como «su equipo», donde imponen normas y silencios que no son nada educativos. Creo que mantener un adecuado espíritu de equipo en la asociación o institución educativa, un trabajo colegiado y tener la capacidad de revisar y replantear la finalidad educativa, sirve para alejar esos clásicos peligros de individualismo y gregarismo.

3.6. Recuperar el «ethos» en el deporte

Es una opinión extendida y mayoritariamente compartida que los comportamientos y actitudes de muchos deportistas de élite dejan mucho que desear. Personas que por su posición social –ídolos deportivos– y enorme trascendencia en los medios de comunicación no han sido precisamente modelos a imitar desde el punto de vista ético. El desembarco de grandes cantidades de dinero en los clubes ha convertido el deporte en un espectáculo de masas, y la presión por los resultados ha hecho que los clubes muevan grandes cantidades de dinero y fichen primeras estrellas. El mercado «fabrica» estrellas con enorme rapidez... y también las entierra. Los románticos del deporte están confundidos. Las personas ya no se mueven por amor a unos colores, por amor al deporte, por el gusto de la superación personal..., sino que parece que todo es cuestión de dinero. Todos asistimos perplejos al encumbramiento y caída de clubes históricos que de pronto tienen dinero, y a la temporada siguiente tienen grandes deudas. ¿Qué pasa? Ha sido el gran desembarco del mercado libre en el mundo del deporte, que ha pasado a ser el gran espectáculo de masas, el referente emocional de muchas personas que viven sin otro sentido en la vida. Los clubes son manejados y utilizados por personas y multinacionales sin escrúpulos, que sólo buscan su proyección social, cuando no una forma óptima de blanquear su dinero.

La práctica deportiva ofrece un lugar privilegiado en el que trabajar esos aspectos éticos desde los primeros años. La normativa de la competición, las reglas del juego, el respeto a la figura del árbitro... son la condición indispensable para la subsistencia de todo deporte. La trampa y la adulteración hacen que se extienda la sospecha de que todo está amañado. Es labor de todos recuperar la limpieza en la competición, la sana rivalidad, el saber comportarnos como personas en la victoria y en la derrota, etc.: actitudes todas ellas que desde los campos de deporte son extrapolables a todos los ámbitos de la vida.

3.7. La práctica deportiva y la violencia

La violencia es una de las realidades que, desgraciadamente, van unidas al mundo del deporte. Son muchas las causas de esto: el aspecto de la rivalidad física, la fuerza, el enfrentamiento, la competencia y lucha que todo deporte conlleva... Pero quizá la violencia en el deporte sea mayor entre los espectadores que entre los deportistas, y creemos que

ahí radica el verdadero cáncer. La repercusión mediática, la gran importancia que se da a los resultados, la vivencia de la pertenencia a unos colores como único *leit motiv* de la vida, hace que se exageren las conductas y que en muchas ocasiones se desemboque en enfrentamientos físicos con fatales consecuencias. Todos sabemos que hay personas que viven el deporte como una oportunidad de descargar el estrés acumulado, como lugar de evasión o refugio de sus problemas personales. Convendría también aquí realizar una gran labor en nuestros clubes y asociaciones deportivas, intentando sensibilizar a padres, deportistas y entrenadores en lo que se llama una «cultura de la paz». De hecho, ya hay cantidad de asociaciones y clubs que están trabajando esa cultura de la paz en sus despachos, vestuarios, graderíos y campos de juego.

Tenemos, pues, que concluir diciendo que el mundo del deporte nos ofrece un ámbito privilegiado donde poder educar e integrar diferentes sensibilidades, caracteres, aspectos sociales distintos, incluso ideologías y credos diferentes. Por estas razones que hemos apuntado, y teniendo presentes las dificultades, que no son pocas, estoy firmemente convencido de que el deporte es un lugar óptimo para el crecimiento de la persona, donde se puede ayudar a crecer en humanidad y donde se puede ofrecer, en clave de fe, una forma de vivir el evangelio desde los valores del Reino al que Jesús nos invita.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

MARIE FRANCE & EMMANUEL
BALLET DE COQUEREAUMONT
Ábrete a tu corazón de niño.
Para nacer a ti mismo
384 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 25,00 €

La clave para vivir mejor, ser más feliz y dejar atrás las carencias y sufrimientos es abrirse cada cual a su corazón de niño, fuente interior de riquezas incomparables, alianza entre nuestras múltiples facetas, que reúne en sí al niño triste que está herido, al niño creativo que nos susurra que el mundo nos pertenece y, finalmente, al adulto que siempre anda en busca de la felicidad. Esta obra nos invita a iniciar un viaje maravilloso en busca de lo más amoroso y creativo que tenemos: nuestro corazón de niño... para nacer a nosotros mismos, día a día, con más alegría de vivir, más amor y más libertad.

ST 94 (2006) 739-746

Deporte y espíritu

Juan José MORENO, SJ*

Dentro de este número de *Sal Terrae,* se me pide un testimonio: un testimonio como deportista y como creyente. Debo contar qué ha supuesto para mí la práctica del deporte, en mi caso el baloncesto; cómo me ha configurado como persona; qué me ha aportado como cristiano; qué he podido aportar yo gracias al baloncesto...

Me parece útil para el lector aclarar desde el principio qué clase de deporte es el que yo he vivido, el que me ha marcado. Yo he vivido y promovido, y en bastante grado sigo aún viviendo y promoviendo, el deporte de base, el del jugador y entrenador aficionado, que no obtiene ninguna retribución económica, pero que está comprometido con su Club o Colegio y con sus compañeros, para tratar de aprender, de mejorar y de representarles lo mejor posible. Respetando, por tanto, otras maneras de vivir el deporte, hablo desde una experiencia de deporte muy idealista y muy de equipo. Probablemente, sólo puede aplicarse en determinados lugares y momentos, pero aporta valores que merece la pena que se cultiven en cualquier contexto deportivo.

Los primeros años

Antes de empezar a jugar a baloncesto, cosa que ocurrió en 1953, a los 15 años, yo había disfrutado ya muchísimo jugando a todo lo imaginable, pero especialmente al fútbol.

Aunque sea brevemente, tengo que hacer un sentido homenaje al patio de los jesuitas del Colegio de Indautxu, en Bilbao, y a quienes se

* Profesor en el Colegio San José. Durango (Vizcaya). <JUANJOMORENO@jesuitak-durango.net>.

preocupaban de que estuviera tantas horas abierto. Allí disfruté innumerables horas jugando al fútbol de 1946 a 1953, y al fútbol y al baloncesto de 1953 a 1955. Estudiábamos, pero sobre todo «vivíamos» en el Colegio.

Pero es verdad que a partir de los 15 años fue creciendo la presencia del baloncesto en mi vida. El baloncesto, claro está, con todo lo que lleva consigo: horas de práctica personal, partidillos y competiciones de tiro con amigos, entrenamientos, partidos..., pero, sobre todo, personas, rostros y equipo. Hoy creo que no puedo explicar mi persona sin todo eso; y siento que es muy cierto aquello de León Felipe: «Para cada hombre guarda un nuevo rayo de luz el sol... y un camino virgen Dios».

Llegué en 1955, con 17 años, a Zaragoza, sin conocer allí a nadie, para empezar la carrera de Químicas. Jugué un año en Segunda Regional con mi Colegio Mayor, el «San José Pignatelli». Por acuerdo de los dos clubes, pasé al Iberia, de Primera Regional. Allí coincidimos una serie de chavales con gran afición y que, además de los tres entrenamientos semanales, dedicábamos horas por nuestra cuenta a mejorar el tiro, el bote, la izquierda... Así llevamos al Iberia a la Segunda División nacional, y en 1958 a la Liga Nacional (equivalente a la actual ACB, salvadas las distancias). Nos enfrentábamos al Madrid, al Barcelona, al Joventut..., pero también al Águilas de Bilbao, al Estudiantes, al Canoe..., más asequibles para nosotros.

Experiencias que han marcado mi personalidad

De entre muchas, recojo unas pequeñas experiencias que dan una idea de cómo iba yo evolucionando como deportista y como persona:

Lo hacemos nosotros, lo hacemos juntos. En el equipo del Colegio Mayor, para poder coincidir todos, teníamos que entrenar dos días de la semana a las 7 de la mañana (pensad en el invierno zaragozano). Jugábamos los domingos por la mañana en un campo de tierra que marcábamos, zonas incluidas, con agua de cal y mediante una especie de regadera. Nunca perdí a aquellos amigos. Fueron después mis mejores hinchas, porque pasé al «Iberia» por un acuerdo según el cual el «San José Pignatelli» se constituía en filial del «Iberia». Entonces también empecé a aprender algo que he transmitido siempre a los equipos que he entrenado: nosotros preparamos el campo, juntos, aunque sólo

sea poner la mesa y los bancos... Muchas veces ha sido incluso barrer y pintarlo.

No fallar a mi equipo. Poner siempre lo mejor de mí mismo. No engañarme, no disculparme con los fallos de los demás. Fue una dura experiencia en Huesca, en Segunda División. La victoria aseguraba nuestro ascenso, pero Huesca, por su rivalidad con Zaragoza, era un campo difícil. Yo tenía 19 años. Llegaba como segundo encestador de la Liga. Me marcaron duramente. El público, pegado a las bandas, se metía bastante conmigo. Inhibición arbitral. Se me pasó el partido, enfadado, pensando en las injusticias y en mis penas. Solo en la ducha, lloré amargamente. Habíamos perdido, y yo le había fallado a mi equipo. Allí mismo decidí: «Nunca más volveré a fallar a mis compañeros; nunca dejaré de jugar lo mejor posible, en cualquier circunstancia. No me disculparé con los demás; me centraré en lo que puedo hacer yo». Esa decisión me acompañó ya siempre, ¡y cuánto me ha valido en muchas situaciones de la vida, también fuera del deporte...! ¡Cuántas veces he tenido que recordárselo a mis alumnos, a mis jugadores, a mis compañeros a veces...!

Gratis. Estábamos comiendo en un restaurante de la playa del Saler, en Valencia. Sobremesa. Por la mañana habíamos ganado. Yo había salido pronto por personales. Los teóricos reservas salvaron el partido en los últimos diez minutos. Era un triunfo del equipo. Estábamos gozosos. Entonces oí que Querol, un compañero de más de 30 años, me decía: «Juanjo, si cobráramos por esto, no estaríamos tan contentos». No lo he olvidado. Pero creo que hay que añadir algo: Aun jugando gratis, si no hubiéramos puesto la entrega, la pasión por el juego, la unión que teníamos..., no habríamos estado tan contentos.

Meses después, tras jugar en Huesca con la selección nacional contra Suiza, vino el delegado de nuestra selección y me entregó 300 pesetas. Yo le dije: «¡Pero si el viaje desde Zaragoza me ha costado sólo cincuenta pesetas...!». Y él me respondió: «Es la prima del partido». Yo no sabía lo que era una «prima». Nuestra prima era el «pincho» al que a veces nos invitaba nuestro entrenador.

Compañeros. Yo era el estudiante del equipo, el que estaba fuera de casa. Salíamos los sábados por la mañana temprano en dos coches abarrotados, de aquellos con transportines. Jugábamos en Madrid o en Barcelona sábado y domingo, para ahorrar desplazamientos. A eso de

las diez de la mañana, Carmelo, un albañil, compañero de equipo, sacaba dos bocadillos de tortilla de patatas envueltos en papel de periódico, preparados por su madre. «Toma, Juanjo, que tienes que alimentarte». ¡Cuántos amigos del mundo del deporte: compañeros, contrarios, árbitros, directivos, entrenadores, jugadores a los que he entrenado...! Amistad profunda, porque era y es desinteresada. No importa el tiempo que pase ni los años sin vernos. Están ahí, porque vivimos experiencias fuertes juntos.

Encarnarte allá donde estés. Sentido de pertenencia. Nuestro público en Zaragoza nos quería mucho, porque sabía que lo dábamos todo por nada. Entonces no teníamos seguro por estar federados. Cuando me lesionaba, un médico, socio del «Iberia», me llevaba en su coche a su clínica, me atendía gratis los días que fuera necesario y me invitaba en el bar de abajo.

Cuando el «Helios», el rival del «Iberia», venía cada verano a ficharme con diversas promesas, yo siempre les respondía lo mismo: «Vine sin que nadie me conociera. En el "Iberia" me acogieron, he crecido y he hecho amigos. No puedo dejarlos».

Cuando me llamaron a la selección, algún periodista bilbaíno se molestó porque en la prensa zaragozana dijeran: «El aragonés Juanjo Moreno, internacional». A mí me gustó; yo me sentía bilbaíno y también zaragozano. Allí empecé a aprender a ser universal y el valor de comprometerte y encarnarte con las personas que te rodean.

Aprender. Trabajar para mejorar. Poner todos los medios. Aparte del deporte profesional, tiene hoy un valor indudable el deporte meramente lúdico, o de ocio, o por razones de salud, etc. Sigue existiendo, aunque resulta más difícil de entender, un deporte aficionado con compromiso con la camiseta y con el equipo, y con afán de mejorar. Nosotros, estudiantes la mayoría, nos dedicábamos mucho. Yo, particularmente, me entrenaba después de las clases, de una a dos, aparte de los tres entrenamientos semanales con el equipo. Y me entrenaba puliendo detalles y haciendo competiciones de tiro contra mí mismo. Para nada estamos hablando de una competitividad sospechosa, de ganar como sea. Con un deporte meramente de ocio, más «light», mi personalidad habría sido muy otra. Hay que comprometerse para evolucionar, para crecer. Es algo parecido, de forma más modesta, a aquello de «hay que perder la vida para ganarla».

Entrenador

El P. Vicente Zavala, SJ tuvo una luz especial cuando me pidió que entrenara a un grupo de chavales de trece años que querían aprender a jugar al baloncesto. Eso supuso el comienzo de la escuela baloncestística del Colegio del Salvador, pero yo fui el más beneficiado: el hacerme cargo de un grupo de chavales, el buscar continuamente la manera de enseñarles mejor, el preocuparme por sus personas, el hacer un equipo primero, un club después... me fue cambiando, de chaval de 17 años, aún centrado en mí mismo, en persona comprometida con un grupo humano y un proyecto. Sobre todo, puso ante mis ojos mi vocación de entrenador, de educador, de maestro después. En mi caso, Dios estaba preparando el «humus» de su repentina llamada para jesuita 6 años después.

Entrené seis años en Zaragoza, de 1955 a 1961. Mis estudios de jesuita me lo impidieron de 1961 a 1966. A partir de este último año, entrené durante 27 temporadas más en Durango, en el proyecto de baloncesto del Colegio y del Club «Tabirako» del pueblo. Tras ser bilbaíno y zaragozano, me he hecho también durangués. Después, más bien he formado entrenadores y he ayudado a mejorar a algún jugador. Omito títulos, premios y medallas. Es significativo que fuera entrenador de la selección española escolar juvenil, en tándem con Aíto García Reneses, en 1973, y entrenador ayudante de la selección española junior, siendo jugadores Juan Antonio Corbalán y José Mari Margall.

¿Qué he podido aportar? Intento recoger lo más importante:

1) *Ayudar a construir equipos y clubes escolares y federados,* siempre aficionados, con un espíritu deportivo y educativo, cultivando en muchos casos valores contraculturales (gratuidad; hacer las cosas entre todos; servicio de unos a otros, entrenando y arbitrando mayores a medianos, y medianos a pequeños; compromiso; etc.).

2) *Amor el deporte que practicamos.* Hacerlo lo mejor posible; si somos unos «dejados» en eso, difícilmente vamos a asimilar otros valores.

3) *Sentido de equipo, aportación de cada uno según sus posibilidades.* El jugador de menor calidad, que no consigue grandes canas-

tas, pero entrena con interés, aprende nuestros sistemas, anima, etc., es querido y tiene un gran papel en el equipo. Además, de entre ellos han salido nuestros mejores entrenadores.

4) *Experiencia, reflexión, acción. Afrontar las situaciones positivamente. Aprender de todo lo que sucede.* El deporte de equipo proporciona innumerables experiencias vitales. El entrenador tiene que enseñar a afrontar cada situación positivamente, a reflexionar después sobre lo vivido y aprender de ello, a mejorar la forma de actuar en la próxima ocasión. Gran preparación para la vida.

   Entre mis ex-jugadores es famosa la frase que yo les decía cuando empezaban a quejarse del campo: «¡Éste es el mejor campo del mundo!». Y era verdad: jugábamos en aquel campo, no había otro.

5) *Juego limpio. El fin no justifica los medios. Los medios son el fin.* Siempre hemos entrenado fuerte, pero trabajando para defender y atacar según el Reglamento, dedicándonos al juego y olvidándonos del árbitro.

6) *Abrir los ojos a los valores de «los otros».* Del sentido de equipo (vital) al aprecio por los otros equipos, por las otras funciones (árbitros, padres, directivos), por los «otros». Un valor muy necesario hoy... y siempre. El entrenador debe saber decir: «No tenían posibilidades y han sabido luchar hasta el final». «Tiene que entrenar muy bien para defender así». «Nos han ganado con elegancia, reconociendo lo mucho que les hemos hecho sudar». «Gracias al árbitro, podemos jugar y divertirnos»...

Deportista y creyente

Es evidente que se pueden vivir todos los valores humanos de los que hemos hablado sin dar un salto a la fe. Lo vemos en bastantes. Pero también es verdad que el tipo de fe en Jesús de Nazaret que yo vivo, siempre haciéndose, siempre en camino, se ha visto muy apoyado por esas experiencias humanas que Dios ha puesto en mi vida. Por otra parte, la contemplación de Jesús y el deseo de seguirlo las van potenciando y también limando, purificándolas de sus inevitables ambigüedades.

El hábito de formar equipo y de trabajar juntos codo con codo, el sentido de pertenencia y de integrarte y comprometerte allí donde estás y con quienes estás, ayuda a entusiasmarse con la Encarnación, el Dios con nosotros, Jesús en medio de la gente, con y por la gente. Me encanta aquello de «uno solo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos». Pero es que, además, es un Maestro que asume su liderato, pero está en medio de la gente como el que sirve.

De joven jesuita en formación, había dos ideas ignacianas que me confirmaban en que había acertado con mi vocación a la Compañía. Una es aquella de los Ejercicios: «...y las otras cosas sobre la haz de la tierra han sido criadas para el hombre..., de donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas...». La otra es esa frase de Ignacio según la cual, en nuestra misión, «debemos poner todos los medios como si todo dependiera de nosotros, y dejar los resultados en manos de Dios, como si sólo dependieran de Él». Me recordaba lo que tiene que hacer un entrenador cuando prepara un entrenamiento o un partido, cuando entrena, habla con un jugador o con el equipo, motiva, da las últimas instrucciones, etc. Poner todos los medios..., pero sólo los que llevan al fin, los legítimos, los acordes con los valores humanos y con el Reglamento.

En el deporte he vivido que se pueden poner todos los medios y perder, y quedarse orgulloso de uno mismo y de su equipo, pero decidido a seguir aprendiendo. La vida y la fe me han enseñado la limitación radical del ser humano ante Dios, y el misterio y el valor también de los momentos de pasividad forzosa y de cruz. Hay derrotas que engrandecen, como la de Jesús.

Nuestra fe potencia radicalmente eso que se debe aprender en el deporte bien entendido, lo que yo he llamado «el valor de los otros»: el valor y dignidad de todo ser humano, querido por Dios como hijo.

Finalmente, una vivencia mía personal, no creo que muy ortodoxa, pero que a mí me dice bastante: «Jesús es el mejor entrenador». Cualquier entrenador, educador, maestro, formador o responsable de un grupo de personas debería fijarse en Él en ese aspecto. Tal vez daría para una tesis, pero no puedo sino resumir:

Jesús llama, forma el grupo, transmite a los miembros de éste sus valores sin rebajarlos, les corrige, tiene paciencia con sus esperanzas equivocadas, los entrena enviándolos por delante de Él, a la vuelta les escucha cómo les ha ido, les invita a retirarse juntos a un lugar tranquilo, les presenta con claridad las dificultades que les aguardan, de ca-

ra a los momentos difíciles les da motivos de esperanza (la Transfiguración)... Pero, sobre todo, tras el abandono y el fracaso de la cruz, va en su busca, les hace reflexionar sobre lo ocurrido, les reúne, forma de nuevo el grupo, les devuelve la alegría y el sentido de su vida.

El jugador que es líder en un equipo y, sobre todo, el entrenador (y el maestro con su clase) pueden tener un momento de desánimo tras una derrota o un mal partido, pero tiene que reaparecer el lunes ante el grupo sintiéndose parte de él, con el ánimo fuerte, con las ideas claras y con propuestas de trabajo para afrontar el momento que viven.

ST 94 (2006) 747-751

Deporte y espiritualidad

Alfonso ALONSO-LASHERAS RIVERO, SJ*

A lo largo de mi vida, Dios se ha ido haciendo presente en multitud de personas, rostros, acontecimientos..., pero creo que donde se me ha hecho más fácil reconocerlo es a través del deporte, todo él en general, sobre todo cuando lo practicaba. Intuyo que cada vez que me esforzaba, sudaba, me sacrificaba... en aras de algo por lo que merecía la pena luchar, me iba acercando un poco más a la figura de Jesús, e iba calando más en mí su espíritu, un espíritu de entrega y superación como jamás ha existido. Y es que el deporte enseña sobre la vida.

He tenido la suerte de poder practicar multitud de deportes, tanto individuales como de equipo, pero de manera más seria, federado y compitiendo a buen nivel, jugué nueve años a balonmano y nueve a rugby. Cuando uno juega de portero de balonmano, percibe la incomprensión de la gente por ponerse delante de un lanzador con el peligro de llevarse un tremendo balonazo. Lo normal es que el portero no sólo no tenga miedo, sino que esté deseando llevarse el pelotazo, porque supondrá parar un balón y encajar un gol menos. Muchas personas nunca lo entenderán (como tampoco el que un Dios hecho hombre muriese en una cruz), pero ¿qué puede haber más bonito que padecer un pequeño golpe por el bien de tus compañeros de equipo? ¿Qué mayor alegría que saber que con ese pequeño «sufrimiento» estás colaborando a la posible victoria de tu equipo, que al final va a ser lo que mayor alegría cause a todos? Sufrir un poco por el bien de muchos...: otros no lo ven, pero a mí me cuesta entender cómo puede no ser visto Dios detrás de actitudes como ésa.

Pero ha sido el rugby el que más me ha configurado como persona y el que me ha permitido acercarme más a Dios. Nunca he encontrado

* Estudia Ingeniería y Filosofía. Salamanca. <fonfo@wanadoo.es>.

un deporte en el que predominen tanto los valores cristianos como éste; y aunque es ciertamente un deporte de contacto, no es para nada violento. ¿Acaso no hay amor detrás de una madre que cose la camiseta a su hijo a pesar de sufrir cada vez que entra en el campo? ¿O solidaridad en quien se hace echar por defender a un compañero golpeado indefenso en el suelo? ¿O sacrificio en quien va a entrenar en invierno bajo la lluvia después de trabajar todo el día? ¿O servicio incondicional en un delantero capaz de dejarse la piel y recibir cientos de golpes y no tocar la pelota en todo el partido? ¿O perdón en quien se emborracha con el rival que le mandó al hospital? ¿O amistad en un «tercer tiempo»? Existe un dicho antiguo que dice así (sin querer ofender a nadie, por supuesto): «El fútbol es un deporte de caballeros jugado por villanos, y el rugby un deporte de villanos jugado por caballeros».

San Pablo anunció el evangelio en Corinto, donde eran de gran importancia los juegos ístmicos que allí se disputaban. Por eso el apóstol utiliza una metáfora para estimular a los cristianos de aquella época a comprometerse a fondo en la «carrera» de la vida, comparándola con una sana competición deportiva: «¿No sabéis que en el estadio corren todos, pero uno solo recibe el premio? Pues corred así también vosotros. Los que compiten se controlan en todo; ellos por una corona que se marchita; nosotros, por una que no se marchita» (1 Co 9,24-25). Así pone de relieve el valor de la vida, comparándola con una meta no sólo terrena y pasajera, sino también eterna; una carrera en la que todos, y no sólo uno, pueden ganar. Pero, como él mismo dice, requiere un esfuerzo.

Solemos admirar las hazañas de atletas y deportistas, pero no podemos olvidar que para alcanzar esos resultados se sacrificaron durante años, día a día. Ésta es la lógica del deporte (y su ascética), y creo que es también la lógica de la vida: sin sacrificio no se obtienen resultados importantes, y tampoco auténticas satisfacciones. Al contrario de lo que solemos creer, no son el dolor y el sufrimiento los que se oponen a la felicidad, sino la apatía y la tristeza. De hecho, ¿qué mayor felicidad y satisfacción que conseguir que algo salga bien gracias a mi esfuerzo? Si algo me ha dado el rugby, ha sido descubrir esta entrega y sacrificio en dos modalidades distintas:

1ª) En el rugby, como en cualquier deporte individual, el sufrimiento y el sacrificio constituyen la base de toda mejora en cualquier campo: mejora física, mejora del rendimiento deportivo, mejora comunitaria..., ya que sin este espíritu de sacrificio es imposible antepo-

ner los intereses o comodidades propias a otros bienes mayores, que el deportista juzga como merecedores de tales esfuerzos. No existe deportista o atleta que no haya sacrificado cosas (que para otras personas pueden ser mucho más importantes) por entrenar y avanzar hacia el fin que persigue; todos han tenido que posponer, alguna vez al menos, satisfacciones inmediatas en aras de un fin. Fin que, una vez que se consigue, proporciona una felicidad que hace valioso todo esfuerzo realizado y que, en caso de no realizarse, siempre quedará la satisfacción de haber luchado por algo que uno cree que merece la pena. Creo que pueden encontrarse dos objetivos: uno a corto plazo, que es el de mejorar en cada uno de los campos que abarca la actividad deportiva, y otro a largo plazo, que, cuando se practica un deporte de manera federada y en competición, consiste en alcanzar el mejor resultado final posible. Y digo «posible» porque también debe cada uno asumir su situación de ser limitado, y el hecho de que haya otros mejores que yo no debe quitarme ilusión por alcanzar el mejor resultado del que soy capaz.

También he experimentado que el terminar sabiendo que lo has dado todo y que lo has hecho lo mejor posible, independientemente del resultado, es lo te que deja realmente contento. Por eso, si uno *a priori* ya se valora como lo que es y no se pone tacones para parecer mejor, el haber hecho aquello de lo que es capaz irá acompañado de ese resultado final que podía y deseaba alcanzar. Es decir, que en ocasiones uno puede ganar y salir muy disgustado por saber que no lo ha dado todo; y, al contrario, puede uno perder y, sin embargo, sentir gran alegría por haberse vaciado.

Es necesario poner carne y cierta dosis de realidad a los ideales, para no hundirse al comprobar que no puede realizarlos. Será necesario, pues, vivir atento, prestar atención y conocer el propio nivel de juego y rendimiento, para poder seleccionar una o dos áreas donde prestar más atención a cómo utiliza uno sus talentos, sus responsabilidades. Hay que tratar de ser realista y concreto para poder potenciar lo positivo y mejorar el rendimiento con ello.

2ª) En los deportes colectivos, un miembro ha de anteponer el equipo a sí mismo; ha de pensar antes en el éxito del conjunto que en el suyo propio. Si no es así, primará su comodidad antes que el sacrificar algo por el bien del equipo, con lo cual, a la primera dificultad para no ir a entrenar, fallará. De este modo, no sólo no me-

jorará deportivamente, sino que será incapaz de trabajar por el bien comunitario o el bien de otros. Como en otros deportes, en el rugby, lo que da más satisfacción es dar juego, defendiendo y «currando» para que acabe siendo otro quien consiga los puntos, aunque a los ojos del público (del mundo) los buenos sean estos segundos. Pero en el rugby adquiere un matiz especial, por tratarse de un deporte en el que hay muchos jugadores que han de correr, placar, empujar, etc., para que sean otros los que jueguen. Así, realizan un trabajo oculto que es necesario y muy poco agradecido. Esto hace al rugby más sacrificado, silencioso y entregado; actitudes que son las que en la vida generan Reino, pues es dar vida a compañeros desviviéndose. Marcar puntos es necesario para ganar, pero no se puede poner en ello el sentido último del juego, sino que es el trabajo y esfuerzo por el bien del equipo (y no el mío) el que lo da.

Algo que me ha servido también en la vida, y que es imprescindible para ambas modalidades de sacrificio, es la perseverancia: saber pasar malos momentos, como son las lesiones, tiempos de recuperación, de mal juego, de malos resultados... Éste es el tiempo de la desolación, en el que, o sigues con todo (aunque te cueste), o nunca darás lo que puedes. Como dice San Ignacio, «en tiempo de desolación, no hacer mudanza». Además, como en la vida espiritual, es ahí donde se crece, donde se mejora. Aquí entra en juego la dinámica de la fidelidad, sabiendo que no sólo depende de mí, pues tengo unos dones que he recibido y que no son míos, pero al mismo tiempo éstos necesitan de mi trabajo y esfuerzo para poder potenciarlos al máximo. El saberse portador de dones invita a la humildad, ésta pero nunca debe ir acompañada de relajación. Por eso es tan importante la perseverancia, ese no dar entrada alguna a la tentación («hoy no entreno...»), para que ésta no acabe entrando hasta el fondo y haciéndonos arrojar la toalla.

También el deporte me ha enseñado algo sobre la vida de oración. En sus *Ejercicios Espirituales,* San Ignacio nos presenta la repetición y la aplicación de sentidos para ir interiorizando y haciendo propio internamente aquello que contemplamos, de modo que se vaya haciendo algo innato para que luego, en la vida, uno se comporte de modo natural más como Jesús lo haría. En el deporte se aplica el mismo entrenamiento: cuando uno quiere jugar o reaccionar de una manera determinada ante un cierto estímulo o situación deportiva, ésta tendrá que haberse entrenado horas y horas (repitiendo) hasta interiorizarla y meca-

nizarla, hasta hacerla parte de uno mismo, connatural. En todo deporte que requiera cierta habilidad, cualquier deportista se fija en modelos cuyos gestos, jugadas, acciones e incluso actitudes imitar. Y el modo de aprender, además de practicando, es viendo, contemplando horas y horas, como se hace en la vida espiritual con Aquel a quien queremos seguir e imitar.

Dejo para el final lo que creo más importante, y es que tan fácil es ver a Dios en el sufrimiento como en la alegría. Por eso es tan importante identificarse también con el equipo en la victoria y en el éxito. ¿Qué sentido tiene un equipo sin alegría, compañerismo y amistad? Alegría que no es no-dolor y no-dificultad, sino unión del equipo, un intentar alcanzar unos sueños comunes que nos unen... En definitiva, una alegría con cicatrices, sí, pero también con alegría, que hace que tanto esfuerzo y sacrificio tengan sentido, a pesar de la incomprensión de una sociedad en la que se lleva lo fácil y cómodo y en la que no se comprende que renunciar a cosas por alcanzar aquello que uno cree que merece la pena, es lo que realmente hace felices a las personas. Decía José Luis Martín Descalzo que la felicidad está cuesta arriba, y es cierto; pero esforzarse y arriesgar saltando a por aquello que uno ama... nunca es un salto al vacío.

> «Este Jubileo invita a todos y a cada uno a emprender un serio camino de reflexión y conversión. ¿Puede el mundo del deporte eximirse de este providencial dinamismo espiritual? No. Al contrario, precisamente la importancia que el deporte tiene hoy invita a cuantos participan en él a aprovechar esta oportunidad para hacer un examen de conciencia. Es importante constatar y promover los numerosos aspectos positivos del deporte; pero también es necesario captar las diferentes situaciones negativas en las que puede caer. [...] Todo cristiano está llamado a convertirse en un buen atleta de Cristo, es decir, en un testigo fiel y valiente de su Evangelio. Pero para lograrlo es necesario que persevere en la oración, se entrene en la virtud y siga en todo al divino Maestro»[1].

1. JUAN PABLO II, Homilía en el Jubileo de los Deportistas, celebrado el domingo 29 de octubre de 2000 en Roma.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

BENJAMÍN GONZÁLEZ BUELTA

Ver o perecer.

Mística de ojos abiertos

200 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 11,00 €

Necesitamos una nueva sensibilidad para percibir a Dios y su acción en este mundo. Necesitamos que nuestra mirada y todos los demás sentidos empiecen este viaje hacia la visión de Dios en medio del mundo. *«Ver o perecer»,* dice Teilhard de Chardin. Éste es nuestro desafío: contemplar la realidad con ojos nuevos para descubrir el filón de la vida evangélica, tanto en la cotidianeidad que nos envuelve como en lo diferente, lo oprimido y lo secularizado, para reflejarle al mundo en nuestra propia carne otra imagen de Dios y de la persona humana.

ST 94 (2006) 753-760

Correr con perseverancia en la carrera que se nos propone (Hb 13,1)

Fernando MILLÁN ROMERAL, OC*

En esta sencilla reflexión no pretendemos hacer un estudio sociológico o antropológico de las llamadas «carreras populares». De hecho, dada la fuerte carga de expresividad, emoción, ritualismo, etc. que tiene este deporte, ya existen algunos estudios a los que el lector podrá acudir[1]. Tampoco pretendemos hacer un estudio técnico desde el punto de vista deportivo, tema para el que se exige una competencia que no tenemos[2]. Se trata tan sólo de hacer una reflexión creyente de este deporte popular, que tanto «éxito» tiene y que atrae cada vez a más personas, que encuentran en el mismo una diversión, una forma de ocio, un medio de estar en forma, etc.

Además, siguiendo el viejo método escolástico, haría falta en principio una clarificación de términos, para saber al menos a qué nos estamos refiriendo exactamente. Son varios los términos posibles. Podríamos hablar de «maratón» (obviando la discusión acerca de si se trata de un término masculino –como preceptúa el DRAE– o femenino), con la amplia carga heroica y casi mítica que encierra esta prueba reina del atletismo; pero muchos de los que practican este deporte no llegan nunca a correr un maratón como tal (es decir, 42,195 km). Podríamos hablar de «fondo» (término más amplio –a veces, incluso, difuso– que, de hecho, engloba varias pruebas de atletismo). El DRAE lo reco-

---

* Profesor de Teología en la Universidad Pontificia Comillas. Miembro del Consejo de Redacción de *Sal Terrae.* Madrid. <fmillan@teo.upcomillas.es>.

1. M. SEGALEN, *Ritos y rituales contemporáneos* (Madrid 2005).
2. Entre otros muchos, recomendamos: A. VARONA – A. SERRANO, *¡Filípides existe!* (Madrid 2001).

ge como vigésimoprimera acepción de la palabra del siguiente modo: «resistencia física, reserva de energía corporal para aguantar esfuerzos prolongados». Pero este término parece excluir el deporte popular, y por eso algunos hablan de «fondo urbano», no tanto porque quede reducida la práctica de esta actividad deportiva a las ciudades, sino porque las carreras –sobre todo las más numerosas– se celebran generalmente en ciudades, y casi parece que piden por su misma idiosincrasia (como veremos más adelante) el ser numerosas, casi multitudinarias. También hay quien usa, por este motivo, el término (cada vez más generalizado) «carreras populares», aceptable si no se limita a lo festivo y multitudinario e incluye la carga de entrenamiento y soledad que estas pruebas esconden. Y no nos referimos sólo al entrenamiento en lo que supone de esfuerzo y de constancia, sino también de «lucha contra los elementos» que ofrecen ciudades generalmente deshumanizadas y hostiles o, al menos, no pensadas a la medida del peatón (del ser humano). Todos los términos son válidos. Yo solamente descartaría, en principio, los términos *jogging* y *footing,* no porque sean neologismos, sino porque van en contra de la «filosofía» de la que hablaremos después. Son prácticas pasajeras, que generalmente se realizan para bajar peso, por estética, pero que no sintonizan (aun reconociendo el margen de imprecisión que esta terminología supone) con la mentalidad del fondista o, menos aún, del maratoniano.

Por todo ello, nos limitaremos a señalar algunos valores, experiencias y enseñanzas que la práctica de este «fondo urbano» o popular puede sugerir a un creyente (como es mi caso), por si pueden ser útiles o sugerentes para otros creyentes que, aficionados o no a este deporte, tienen que correr el maratón de la vida (el *curriculum vitae*). Somos conscientes de que algunos de estos valores se viven y se expresan en otros deportes (sobre todo, los de resistencia) e incluso en experiencias ajenas al deporte mismo, como puede ser una peregrinación.

1. El fondo es un deporte de resistencia. Vivimos en la sociedad del *stress,* de la inmediatez, del éxito rápido y fácil, del «pelotazo»... Freddy Mercury –y con él miles de jóvenes– cantaba hace pocos años aquello de *We want it all and we want it now* («lo queremos todo y lo queremos ya»), que resume el espíritu de nuestro tiempo. Este deporte nos habla del valor de la constancia, de lo lento, de la duración en el tiempo y en el espacio. Más aún, el atletismo profesional está hoy cen-

trado en la precisión, en los *records,* en décimas de segundo... Este deporte, en cambio, se centra en el correr sin más, en el no parar, en la consecución de un fin lejano que ni siquiera se ve. En este sentido, el fondo hereda la espiritualidad del camino (una de las imágenes más utilizadas en la historia de la espiritualidad cristiana). Más aún, en la literatura cristiana primitiva, inspirada por el mundo clásico, fue muy utilizada la imagen del atleta, del corredor, para ilustrar el sentido de la vida cristiana. Pablo la usa con frecuencia, y la Carta a los Hebreos, de forma muy expresiva, nos exhorta: «Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con constancia la carrera que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe...» (Hb 13,1-2).

2. Vivimos en una sociedad competitiva. De puro tópica, esta frase suena hasta mal, pero es cierta. Pues bien, pocos deportes tan poco competitivos como el fondo. Alguien dijo que quizás el maratón es el deporte en el que quien está a tu lado no es tu rival, sino tu compañero. El único rival, si lo hay, eres tú mismo. Nada hay que moleste más a un maratoniano que la consabida pregunta (probablemente hecha con muy buena intención) de quien no sabe nada de esto: «¿Y en qué puesto llegaste?». El maratón nos ayuda a darnos cuenta de lo poco que importa el puesto en que llegues; más aún, ni siquiera importa demasiado el tiempo que hagas. Todo lo suple el sano orgullo de terminar y de abrazar a quienes han llegado antes y a quienes vienen detrás.

En este sentido, el fondo urbano es un deporte eminentemente solidario. Sabemos que muchas veces nos hace falta la palabra de ánimo del otro, o el «detalle» del que permanece a tu ritmo para sacarte del bache y llevarte adelante. Muchas veces también nos hemos sentido irremisiblemente animados a ayudar a alguien a quien ni siquiera conocíamos y a quien probablemente no veremos más. Recuerdo a una señora –una fondista experimentada– que, en la durísima media maratón de Fuencarral, en Madrid, perdió varios minutos por «tirar de mí», que, mucho más joven, había quemado las fuerzas en los primeros kilómetros. Si tomásemos la vida con algo de estilo maratoniano... quizá nos sería más fácil pararnos a «tirar del otro» o incluso animarnos a pedir ayuda cuando la necesitamos. Todos los que corremos conocemos, además, esa especie de solidaridad o de simpatía profunda que

sentimos, cuando llegan los últimos, minutos antes de cerrarse los controles. Nos gustaría casi abrazarlos como si fuésemos conscientes de que todos estamos en la misma lucha y que podemos vencer.

San Ambrosio lo captó muy bien cuando, escribiendo contra el rigorismo de los novacianos, destaca cómo los atletas vencidos («cuyos esfuerzos hayan sido notorios») también reciben una corona. Por eso Cristo no abandonará a quienes hayan sucumbido a la tentación: «¿Consentirá Cristo dejar a sus atletas porque los haya visto ceder un poco presionados por los suplicios?»[3]. Y, ya en el olimpismo moderno, se han vivido momentos dramáticos y conmovedores en los que se ha premiado no sólo al ganador (hoy casi olvidado), sino al que se esforzó hasta el último momento. Nos referimos al bien conocido caso de Durando Pietri, que en el maratón de los Juegos Olímpicos de Londres en 1908 (cuando se estableció la distancia oficial de 26 millas y 385 yardas, o 42,195 km) llegó extenuado al estadio, cayó al suelo varias veces en los últimos metros y entró en la meta como un autómata. Fue descalificado por haber sido ayudado a levantarse por algunas personas (entre ellos, el célebre Sir Arthur Conan Doyle), pero la reina le entregó una copa de oro similar a la del campeón[4].

3. Por todo ello, el maratón, el fondo, la resistencia, es una escuela de vida. A veces el maratoniano tiene que convivir muchos kilómetros con un incómodo compañero. Puede ser un «maldito flato» que hacía años que no sentíamos y que ahora, en el momento más inoportuno y sin causa aparente, se pone a darnos la lata. Puede ser una torcedura que nos obligará a pisar de medio lado en los 15 kilómetros que todavía faltan para la meta. O una rozadura, o una ampolla... Y, sin embargo, el maratoniano sabe que no queda más remedio que correr con ello, sea lo que sea. También la vida nos brinda compañeros incómodos. Sería muy largo meternos en los *por-qué* o *para-qué*. Pero ¡qué bueno sería intentar llevarlos con el mismo garbo con que el maratoniano lleva su rozadura o su esguince...! Cierto es (no quiero ser ingenuo) que los «molestos compañeros» de la vida suelen ser más pesados y más

3. SAN AMBROSIO, *La Penitencia* I, n. 19.
4. Para una historia de los maratones modernos, recomendamos: J.R. AZAOLA, *El maratón: de la leyenda a la práctica* (Madrid 2003).

sangrantes que los de un maratón. Pero quizá nos haga falta un poco de esa «vaselina» con que el maratoniano se unta el cuerpo antes de salir, contando ya de entrada con la rozadura molesta.

Otras veces, el compañero no deseado es más bien una ausencia, un amigo que se retiró al poco de salir o que abandonó en los tramos más difíciles. El maratón nos hace sentirnos en comunión incluso con los que se han ido, en una especie de sentimiento de compañerismo. En la vida, las ausencias suelen ser menos asimilables, pero quizá podríamos ofrecer la carrera al que se ha ido y dar, en su nombre, lo mejor de nosotros mismos. Más de una vez, en un momento de esfuerzo especialmente grande, cuando las fuerzas flaquean por todas partes y la meta está ya delante de nosotros, cuando esa extraña emoción aparece en la mente del maratoniano, yo mismo he mirado al cielo brindando el esfuerzo a mis padres y a otros seres queridos de por allí arriba. Es, salvando todas las distancias (que nadie se asuste), una especie de comunión de los santos entre los que aún corremos y aquellos para quienes de algún modo se acabó la carrera y nos han precedido.

Otras veces nos damos cuenta, a tiempo o demasiado tarde, de que hemos equivocado el ritmo, de que vamos a una velocidad que no es la nuestra, que nos la impone un grupo o nos la imponemos nosotros mismos. El saber rectificar en esos momentos es difícil. También en la vida de cada día, a veces vamos demasiado despacio, sin dar lo que llevamos dentro y sin desplegar nuestras posibilidades, casi «a remolque». Otras veces vamos más deprisa de lo que en realidad podemos. Y la carrera acaba pasándonos factura. Por eso el maratón nos enseña a conocer –o a intentarlo, al menos– las propias limitaciones y las propias posibilidades y a correr en esa «franja», disfrutando, sin cicaterías ni derroches innecesarios. No deja de ser una manera de llevar a la práctica el viejo consejo de la filosofía clásica: «¡Conócete a ti mismo!». Por eso, no deja de ser curioso que entre las acepciones de la palabra «fondo» que aparecen en el DRAE, junto a la que señalábamos al principio, se incluya la siguiente: «Condición o índole de alguien». Y, como ejemplo, habla de una «persona de buen fondo»[5].

5. El cine ha mostrado en muchas ocasiones cómo los diferentes modos de correr muestran diferentes modos de ser y de estar en la vida. Solo mencionaremos algunas películas, como *Un ragazzo di Calabria* (), *Marathon Man* (John Schlesinger), *Running* (Steven Hilliard Stern) o *La stanza del figlio* (Nanni Moretti).

4. En el caso del fondo urbano o de las llamadas carreras populares, se da otra curiosa experiencia: la ciudad –generalmente agresiva y ruda– pierde fiereza. Por unas horas, los corredores «toman» pacíficamente el lugar de las máquinas y de los humos y nos recuerdan que el ser humano sigue siendo la medida de todas las cosas. Es interesante observar la reacción –a veces muy agresiva– del conductor que se resiste a perder unos minutos o que hace caso omiso de las indicaciones porque piensa que la calle es suya (de su coche).

En este sentido, entrenar en una gran ciudad es en ciertos casos una verdadera toma de conciencia de la debilidad del ser humano en medio de la urbe. El corredor, el peatón, es el último eslabón, el más débil. Pero también el corredor se da cuenta de que en su entrenamiento se encuentra con seres más débiles: el anciano que se cruza despistado, el niño, la madre con el cochecito... Es toda una parábola de la vida: el amenazado debe evitar convertirse en amenazador.

Más aún, el corredor ve la ciudad de otra manera. La ligera velocidad y el trote continuo hacen las veces de los espejos cóncavos del «Callejón del Gato» que inmortalizara Valle Inclán, y nos muestran el esperpento: las prisas, la agresividad, los malos humos (de todo tipo)... No quiero ser tópico ni ingenuo ni demagógico, pero el corredor que entrena en medio de la ciudad toma conciencia de lo más ridículo de la misma y, si tiene un mínimo de sensibilidad, relativiza ciertos hábitos y formas que parecían incuestionables.

5. Por último, el fondo nos hace tomar conciencia de nuestra dignidad de corredores, de participantes en esta aventura que es la vida. En nuestra sociedad, que a veces tiende a convertirnos en meros consumidores, en potenciales compradores, en pasivos espectadores, el maratón nos convierte un poco a cada uno de nosotros en ese héroe que todos llevamos dentro, en ese ser capaz de dar mucho más de sí.

Podríamos decir que, de algún modo, el correr nos libera. No sé si habrá alguna explicación fisiológica o antropológica, pero la carrera nos hace sentirnos liberados, aliviados, como si dejáramos atrás el lastre (el traje, los horarios, los convencionalismos, la propia imagen, el guión...) y nos lanzáramos a correr ligeros y gozosos. El cine y la literatura moderna han sabido captar muy bien esta sensación. Valgan sólo tres ejemplos a vuelapluma: Alan Sillitoe, en su relato *La soledad del corredor de fondo* (llevada luego al cine por Tony Richardson),

muestra magistralmente cómo el joven marginal encerrado en un reformatorio, que entrena sin parar, se siente precisamente ahí, corriendo, como una persona libre: «A veces pienso que nunca he sido tan libre como durante ese par de horas que troto por las veredas...»[6].

Antonio Muñoz Molina, en su obra *Sefarad,* nos transmite una sensación parecida cuando uno de los mil personajes que conforman ese éxodo continuo del que todos formamos parte expresa lo que siente al empezar a correr por la mañana:

> «Empieza a subir por la carretera del acantilado, a paso rápido, enérgico, a largas zancadas, braceando con ritmo, notando en los talones la fuerza muscular del ascenso, los pulmones ensanchados por el aire del mar, todo el cuerpo ligero, rítmico, sin peso, con una alegría física que no recuerdo haber disfrutado en mi juventud...»[7].

Por último –y permítaseme incluir este texto tan dramático en un marco tan intrascendente como éste–, Elie Wiesel nos narra en su sobrecogedora obra *La noche* su salida del «Lager» junto con cientos de prisioneros a los que se obligaba a correr sin descanso hasta la extenuación. Paradójicamente, al acabar la terrible carrera en la que muchos perdieron la vida, Wiesel describe con palabras extrañas la sensación de libertad que le había producido aquel macabro maratón:

> «Esos pensamientos me distrajeron durante un tiempo mientras continuaba corriendo sin sentir mi pie dolorido, sin darme cuenta siquiera de que corría, sin tener conciencia de poseer un cuerpo que trotaba sobre la carretera, en medio de otros miles (...). Éramos dueños de la naturaleza, dueños del mundo. Habíamos olvidado todo, la muerte, el cansancio, las necesidades naturales. Más fuertes que el frío y el hambre, más fuertes que los disparos y el deseo de morir, condenados y vagabundos, simples números, éramos los únicos hombres sobre la tierra»[8].

---

6. A. SILLITOE, *La soledad del corredor de fondo* (Madrid 2002) 15.
7. A. MUÑOZ MOLINA, *Sefarad* (Madrid 2001) 301 (la obra tiene otras interesantes referencias al correr.
8. E. WIESEL, *La Noche. El alba. El día* (Barcelona 1986) 88-89.

El 29 de septiembre del año 490 a.C., Filípides (probablemente un *hemeródromo,* es decir, un corredor mensajero capaz de correr durante un día) llegaba extenuado a Atenas para pedir a las mujeres y niños que no se suicidasen, que los atenienses habían ganado la batalla al temible ejército persa en la llanura de Maratón. Según la leyenda, sólo pudo gritar: *«Ne nike kamen»* («Hemos vencido!»). Es un grito que para un cristiano tiene un sentido muy especial. Lo celebramos frecuentemente. Ojalá que todos corramos nuestra carrera con la convicción de que al final seremos incorporados graciosamente a esa victoria.

ST 94 (2006) 761-766

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

Un silencio que clama al cielo

Servicio Jesuita a Refugiados
y Delegación de Acción Social
Provincia de Castilla SJ

Los centros de detención para personas extranjeras están silenciosamente presentes en nuestra realidad, pero clamorosamente ausentes de la discusión pública. Cada día, cientos de miles de personas, en nuestro país y en otras partes del globo, sobreviven en centros cerrados de confinamiento... sin haber cometido ningún delito (¡ni siquiera «presuntamente» están acusadas de ello!). Sólo en contadas ocasiones saltan a los medios de comunicación social, e incluso en esos casos con versiones no demasiado acordes con la realidad. Se trata de un silencio que clama al cielo.

Recientemente, algunas situaciones nos han recordado su existencia. Por ejemplo, a finales de junio se realizó en Barcelona una acción directa no violenta para protestar contra la creación de un nuevo centro de detención en la Zona Franca de la capital catalana. Fue una acción bien planificada, participativa, rigurosa en su planteamiento y estrictamente pacífica en su ejecución. Pocos días más tarde, el cinco de julio, unas 3.000 personas se manifestaron en Dungavel (Escocia) para pedir el cierre del centro de detención allí situado. Por otro lado, en el mes de agosto saltó a la luz pública la denuncia de abusos sexuales cometidos por policías contra inmigrantes en el Centro de Internamiento de Málaga, y también supimos que tres de las mujeres denunciantes sufrieron además la expulsión de nuestro país. A pesar de ejemplos como éstos, en realidad seguimos sin escuchar el clamoroso grito que surge cotidianamente de estos centros de injusta detención.

Para responder a este grito y este reto, el pasado día 15 de junio tuvo lugar en Italia el lanzamiento de la Coalición Internacional de la

Detención, con una mesa redonda inter-religiosa sobre la detención de refugiados, solicitantes de asilo e inmigrantes. La Coalición, que incluye a más de 100 miembros de 36 países, se ha formado para aumentar el conocimiento de las políticas y prácticas de detención gubernamentales y para promover mayor protección y respeto por los derechos humanos de los detenidos. La Coalición aboga por limitar el uso de la detención de inmigrantes y apoya la búsqueda de alternativas y el uso de formas menos restrictivas para la detención.

Con la intención de colaborar a romper el silencio cómplice que envuelve esta realidad, dedicamos el «Rincón de la solidaridad» de este mes a reproducir las reflexiones que sobre los centros de detención ha elaborado, a nivel internacional y como entidad miembro de la Coalición, el *Servicio Jesuita a los Refugiados* (JRS).

¿Qué es detención?

En todo el mundo, los gobiernos dicen a sus ciudadanos que «detienen» a los inmigrantes y refugiados que han entrado en sus países sin permiso. Los ponen entre rejas sin cargos y con poca o ninguna supervisión judicial, a menudo con menos derechos que las personas convictas por crímenes. El ACNUR (la agencia de la ONU para los refugiados) define la detención como «confinamiento en un espacio estrechamente limitado o en una localización restringida, incluyendo cárceles, campamentos cerrados, centros de detención o zonas de tránsito de aeropuertos, donde la libertad de movimientos es sustancialmente recortada, y la única oportunidad para abandonar esta área limitada es saliendo del territorio».

¿Qué significa en realidad?

- Las personas que huyen de graves abusos contra los derechos humanos pueden encontrarse recluidas en el llamado país de refugio mientras sus casos son examinados.
- Los refugiados a menudo son puestos en «campamentos cerrados», de los que no pueden salir sin arriesgarse a ser arrestados y encarcelados.

- Los refugiados forzados a huir de nuevo son muchas veces detenidos, a veces de forma indefinida, en el nuevo país de «refugio».
- Los solicitantes de asilo cuya solicitud ha sido rechazada y los inmigrantes indocumentados pueden permanecer tras las rejas de forma indefinida, esperando que su país los acepte de regreso –algo que en muchos casos no ocurre.

En ninguna de estas situaciones la persona está siendo acusada de crimen alguno. Imponer un castigo por el simple hecho de buscar refugio está prohibido por la Convención de la ONU para los refugiados de 1951. Sin embargo, los gobiernos de todo el mundo detienen cada vez más a un número mayor, cientos de miles, de refugiados, solicitantes de asilo e inmigrantes irregulares en centros cerrados –utilizando la negación de la libertad de movimientos para desalentar arbitrariamente la inmigración, incluso a los que huyen de la persecución–. Por desgracia, la falta de datos disponibles impide decir exactamente cuántas personas son detenidas en todo el mundo cada año por este motivo.

¿Por qué el JRS está preocupado por este tema?

Al JRS le preocupan las condiciones de detención y las dificultades de los detenidos para acceder al debido proceso. Incluso en países industrializados que han firmado todos los grandes acuerdos de derechos humanos y sus instrumentos, se hallan condiciones inadecuadas en la detención y en los procesos; en algunos países, las condiciones de detención son tan duras que ponen en riesgo la vida de los detenidos. Es más, al JRS le preocupa que la detención se utilice (de forma inapropiada y violando la ley humanitaria internacional) para desalentar la llegada de refugiados y persuadirles de que se vayan. Estamos especialmente preocupados porque, en un momento en que descienden las solicitudes de asilo en todo el mundo, la práctica de la detención va en aumento, y los gobiernos parecen copiar unos de otros las peores prácticas.

¿Cuál es el impacto de la detención?

Costes humanos. El impacto psicológico de la detención puede ser muy grave, en particular para las personas más vulnerables, como los super-

vivientes a traumas, las mujeres embarazadas y los niños. Por ejemplo, un informe de 2003 de la organización estadounidense «Physicians for Human Rights» documentaba síntomas de depresión, ansiedad y estrés post-traumático entre los solicitantes de asilo detenidos.

Costes económicos. Los centros de detención son, de lejos, más costosos que las alternativas basadas en la comunidad. Por ejemplo, en Bolonia, Italia, cuesta 2.670 al mes mantener a una pesona en un centro de detención. El ingreso mensual medio de un hogar italiano es de 2.000 .

Costes sociales. La detención criminaliza a refugiados, solicitantes de asilo e inmigrantes, lo que implica una mayor desconfianza y hostilidad de la población local y reduce las oportunidades de una integración social positiva. Las personas en condiciones similares a la detención no pueden ser autosuficientes ni contribuir al desarrollo de sus comunidades de acogida.

Impacto en el acceso al asilo. Las políticas de detención desalientan muchas solicitudes de asilo y, así, dejan en peligro a personas que necesitan protección. También, la detención hace más difícil que los solicitantes de asilo puedan preparar sus casos y acceder de forma adecuada a la justicia.

Recomendaciones

A los gobiernos:

- No utilizar nunca la amenaza de la detención para disuadir de buscar asilo a las personas que huyen de abusos contra los derechos humanos.
- Evitar el recurso de la detención y buscar alternativas; por ejemplo: libertad vigilada, centros abiertos, etc.
- Donde sea absolutamente necesario, y si todas las otras alternativas han quedado descartadas, garantizar que la detención se usa sólo para identificación o para expulsión por razones legítimas, que queda sujeta a revisión judicial y que no excede un límite razonable de tiempo.

- No detener a nadie por el mero hecho de haber solicitado asilo - en particular, personas vulnerables, como niños, supervivientes de la tortura y del trauma, mujeres embarazadas, enfermos físicos o mentales...

- Permitir el acceso a las instalaciones de detención a las organizaciones de la sociedad civil, representantes legales, representantes de instituciones religiosas y amigos y familiares de los detenidos.

- Firmar y observar el Protocolo Opcional a la Convención contra la Tortura, que propone visitas regulares y seguimiento de los centros de detención.

- Ofrecer condiciones de detención que cumplan con las normas básicas de derechos humanos, incluyendo acceso a un abogado, atención sanitaria, educación, comida adecuada y agua.

- De forma particular en lo que atañe a los países industrializados, ofrecer ayuda adicional al desarrollo para las regiones que albergan a refugiados en los países en desarrollo, animando a los gobiernos de los países de acogida a permitir una mayor libertad de movimientos a los refugiados.

- De forma particular en lo que atañe a los gobiernos de los países en desarrollo, cambiar de las políticas de campamentos para refugiados a otras políticas que les permitan ser autosuficientes.

A las agencias humanitarias:

- Adherirse a la coalición internacional sobre la detención de refugiados, solicitantes de asilo e inmigrantes creada por las principales organizaciones de derechos humanos y refugiados (http://www.idcoalition.org)
  y sumarse a su trabajo de *advocacy* (cabildeo o presión política).

- Tratar de acceder a las instalaciones de detención para ofrecer atención y servicios a los detenidos.

- Alertar al Grupo de Trabajo de la ONU sobre Detención Arbitraria para explicar los abusos descubiertos o de los que se tiene constancia.

Al público en general:

- Conocer la política gubernamental sobre detención.
- Si en su país se recurre a la detención para amedrentar a los solicitantes de asilo y refugiados, sensibilizar acerca de sus efectos sobre los detenidos y apremiar a los representantes políticos a garantizar que se respeten los estándares de derechos humanos.
- Crear grupos de visitantes y visitar a los detenidos en su localidad.
- Visitar el sitio web de la coalición internacional, ya mencionado, y apoyar su trabajo.

Avda Moncloa, 6 / 28003 MADRID
Tlf. 915 344 810 / Fax. 915 358 243
E-mail: socialcas@jesuitas.es

ST 94 (2006) 767-777

DIÁLOGOS URGENTES

8. El diálogo ecuménico

Carmen MÁRQUEZ BEÚNZA*

En 1910 tuvo lugar en la ciudad de Edimburgo la celebración de una Conferencia Misionera Mundial. En ella los participantes tomaron conciencia del gran escándalo que significaba para el mundo la división de los cristianos. Pocos intuían entonces que esa fecha y ese lugar iban a quedar vinculados para siempre a uno de los grandes acontecimientos experimentados en el seno del cristianismo del siglo XX: el nacimiento del movimiento ecuménico.

Cercanos ya a la conmemoración de su centenario, muchos echan la vista atrás para valorar este siglo de acercamiento entre las Iglesias, que han sido capaces de crear un nuevo marco de diálogo y encuentro que permitiese superar un triste pasado de confrontaciones y polémicas. Y es que, si algo ha fraguado el movimiento ecuménico, ha sido la incansable actitud de diálogo de sus principales actores. Porque, como ha afirmado el ecumenista Juan Bosch, recientemente fallecido, «cabe decir que el ecumenismo es fundamentalmente una actitud. Es también muchas otras cosas: organización, estructura, estudio sistemático, etc., pero en el fondo es una actitud del espíritu que se define como "dialogal"»[1].

* Profesora de Teología. Universidad Pontificia Comillas. Madrid. <cmbeunza@teo.upcomillas.es>.

1. J. BOSCH, *Para comprender el ecumenismo,* Estella (Navarra) 1999, 14.

Un pasado de separación y controversias

La voluntad de escucha y de diálogo no fue, sin embargo, lo que caracterizó la relación de las Iglesias en el pasado. Más bien habría que decir que dicha voluntad estuvo ausente durante siglos. La historia refleja un triste pasado de divisiones, enfrentamientos y enemistades, en el que las excomuniones, las condenas y las descalificaciones mutuas debilitaron la credibilidad del testimonio cristiano. La historia de un eterno monólogo, en el que cada Iglesia daba su opinión no sólo sobre sí misma, sino también sobre las demás. Y es que, durante siglos, las Iglesias trataron de resolver sus controversias teológicas mediante la polémica, aquel género literario, cultivado en el clima de la desconfianza, el recelo y la oposición, que tenía como objetivo desacreditar y vencer al adversario[2]. Polémica primero entre bizantinos y latinos, que dejaron el triste legado de los tratados *Kata Latinon* y *Contra Graecos,* con su desacertada contribución a generar desconfianza y favorecer la ruptura entre la Iglesia de Oriente y la de Occidente. Polémica, más tarde, en Occidente entre católicos y protestantes, que negaban cualquier tipo de responsabilidad en el inicio de los conflictos y rechazaban cualquier aspecto positivo que pudiera existir en la otra parte.

El resultado era una visión parcial y distorsionada de la posición del otro, sin realizar ningún esfuerzo sincero por comprender a ese otro y su problemática. Se le negaba, además, el derecho a expresarse o definirse a sí mismo, y se proyectaba sobre él la propia concepción que de él se tenía, muchas veces errónea. La preocupación no estaba tanto en acercar las posiciones cuanto en tratar de vencer al adversario. La preocupación era convertir al otro, mostrándole su error, y no tratar de comprender sus razones. Para ello se confeccionan largas listas de errores sin el menor sentido crítico, situando cuestiones teológicas esenciales en el mismo plano que detalles absolutamente irrelevantes. Una situación que ha retratado B. Sesboüé:

2. Congar describía así una actitud polémica que nada tiene que ver con el auténtico diálogo: «En la polémica no se acepta nada del otro; se defienden las propias posiciones, sin admitir revisión o replanteamiento alguno. Se quiere *vencer* al otro, que es un adversario o un rebelde al que, por tanto, se busca reducir, capturar o dominar. Se pone en juego algo muy distinto del puro valor de la verdad que se posee y que se reprocha al otro reconocer»: Y. CONGAR, *Cristianos en diálogo,* Barcelona 1967, 61.

> «La historia nos enseña que en las situaciones de crisis en que actúa una dinámica de separación o de "extrañamiento", cada una de las partes intenta justificarse acusando a la otra: "¡Nos habéis dejado vosotros!" – "¡No, sois vosotros los que nos habéis echado!..." Esta actitud desarrolla un lenguaje polémico que intenta ahondar cada vez más el foso entre los antiguos hermanos, que se han convertido en enemigos. Entonces, todos los golpes parecen buenos para descalificar al adversario y acusar las diferencias con él. En el plano doctrinal, la polémica se convierte entonces en controversia: cada uno va acumulando razonamientos que justifiquen su posición e intenta descalificar al adversario. Todo lleva entonces a exagerar las diferencias que nos separan y a incrementar las motivaciones doctrinales de la división»[3].

Un tiempo nuevo de acercamiento y diálogo

La aparición del movimiento ecuménico ha significado un cambio radical en la relación entre las Iglesias, guiadas ahora por una actitud y voluntad de diálogo que ha hecho que quienes antaño fueron tratados como «herejes» puedan hoy ser considerados «hermanos separados». Tras siglos de enfrentamiento y división, los pioneros del ecumenismo comenzaban, en los albores del siglo XX, a dar pasos trascendentales de acercamiento y diálogo. Una etapa caracterizada por los encuentros personales con creyentes de otras Iglesias. La fundación de organismos como «Fe y Constitución», «Vida y Acción» y, ya en 1948, el «Consejo Ecuménico de las Iglesias» (CEI), dotaba de un marco institucional a un movimiento que había nacido de la intuición de unos laicos preocupados por el testimonio cristiano.

Esta actitud dialogal ha formado parte, desde los inicios, de la entraña ecuménica. Así lo recogen, de una u otra manera, todas las definiciones; aunque ha sido el teólogo C. Meyer uno de los que mejor la ha reflejado:

> «El ecumenismo es una actitud de la mente y del corazón que nos mueve a mirar a nuestros hermanos separados con respeto, comprensión y esperanza. Con respeto, porque los reconocemos como

3. B. SESBOÜÉ, *Por una teología ecuménica,* Salamanca 1999, 26.

hermanos en Cristo y los miramos como amigos, más que como oponentes; con comprensión, porque buscamos las verdades divinas que compartimos en común, aunque reconozcamos honestamente las diferencias en la fe que hay entre nosotros; con esperanza, que nos hará crecer juntos en un más perfecto conocimiento y amor de Dios y de Cristo»[4].

Todo auténtico diálogo, incluido el ecuménico, requiere unas condiciones. La primera condición es la *libertad.* El diálogo en modo alguno puede ser impuesto por la fuerza. Sólo cuando los agentes del diálogo asumen éste libremente y con auténtica voluntad de dialogar, no como algo impuesto, puede dicho diálogo llegar a resultados positivos. Los interlocutores del diálogo deben también situarse en un plano de *igualdad.* Por ello, el mejor símbolo del diálogo ecuménico es la mesa redonda, en la que no caben puestos de honor ni presidencias. Actitud de igualdad que debe, además, ir acompañada de una actitud de *reciprocidad* que lleva a ambas partes a abrirse al doble movimiento de dar y recibir, pues la confianza y la aceptación mutuas están en la base de todo diálogo posible. Por último, el *respeto a la alteridad.* Para que exista auténtico diálogo es necesario aceptar al otro como un tú, en cuanto otro, como un interlocutor cuyo pensamiento y experiencia puede y debe enriquecer al propio yo. Aceptar la diferencia, respetar la identidad y la perspectiva del otro, sin buscar reconducirla a la propia posición y sin pretender incorporar al otro a la propia forma de pensar, es un presupuesto necesario de todo diálogo. El diálogo no tiene como objetivo transformar a la otra persona, sino permitirle ser un tú que puede complementar al propio yo; aceptar la diferencia del otro, respetándolo como sujeto y no considerándolo como mero objeto.

Pero el diálogo ecuménico tiene, además, unas características específicas. Se trata de un diálogo en el que las cuestiones debatidas se abordan dentro del marco más amplio que supone justamente la división del cristianismo. Porque el auténtico problema, más allá de las cuestiones doctrinales particulares, es que los cristianos estemos divididos. Ello presupone la existencia tanto de elementos comunes como de divergencias. Los primeros son necesarios para que el diálogo no se torne en la superposición de dos monólogos. Pero también lo son las

4. Citado en J. BOSCH, *op. cit.,* 12.

divergencias, que no deben ser negadas ni disimuladas, sino reconocidas y afrontadas. Como advierte el teólogo Theo Buss, difícilmente podemos los cristianos ponernos de acuerdo en la manera de unirnos si discrepamos profundamente sobre la manera en que nos separamos. Y es que, en el ámbito ecuménico, el diálogo pasa por releer la historia de las divisiones; por estar dispuestos a aceptar las verdades dolorosas de los otros; a acoger, desde el respeto mutuo, las diferentes visiones de los conflictos históricos del pasado.

El poder transformador del diálogo

El Grupo Mixto de trabajo Iglesia Católica – Consejo Ecuménico de las Iglesias ha definido recientemente el diálogo en el ámbito ecuménico del siguiente modo:

> «Es esencialmente una conversación, es hablarse y escucharse entre interlocutores. Cada uno habla a partir de su contexto y de su perspectiva eclesial. El discurso dialógico quiere dar a conocer este contexto y esta perspectiva al otro y recibir lo mismo de él, con el fin de penetrar en su experiencia y, de alguna manera, ver el mundo con los ojos del otro. El objeto del diálogo es permitir a cada uno adquirir un profundo conocimiento del interlocutor. Es una experiencia espiritual de conocimiento del otro, de escucha y de intercambio de unos con otros en la caridad. [...] Dialogar es marchar con el otro. [...] El diálogo representa una palabra –ni la primera ni la última– en un recorrido en común, que marca un momento entre el "ya" de nuestras historias pasadas y el "todavía no" de nuestro futuro»[5].

Todo auténtico diálogo es un encuentro abierto, cuyo resultado no se puede predecir, porque el encuentro que el diálogo provoca abre a dimensiones desconocidas y perspectivas ignoradas. Las Iglesias parecen haber experimentado la riqueza que significa el encuentro con «el otro» y que tan bellamente expresó el filósofo Martin Buber: «Cuando

5. Grupo Mixto de Trabajo Iglesia Católica – Consejo Ecuménico de Iglesias (CEI), «Naturaleza y objeto del diálogo ecuménico. Un estudio del Grupo Mixto de Trabajo»: *Diálogo Ecuménico* 127 (2006) 390.

venimos de un camino y encontramos a un ser humano que llega hacia nosotros y que también venía de un camino, nosotros conocemos solamente nuestra parte del camino, no la suya, pues la suya únicamente la vivimos en el encuentro».

Se ha creado un nuevo marco de diálogo entre las Iglesias que las ha llevado a descubrir una nueva identidad eclesial. Las Iglesias, introduciéndose en ese proceso de diálogo, comenzaron a abrirse a la mentalidad y las experiencias de los otros, renunciando a visiones estrechas y, muchas veces, unilaterales, redescubriendo elementos olvidados de la propia tradición. Y en ese diálogo se han transformado. Pero no ha sido un proceso fácil, pues el diálogo entraña un aspecto costoso. La actitud dialogal, cuando es auténtica, exige revisar las propias posiciones, ser capaz de poner en entredicho parte del propio legado, reconocer las limitaciones de la propia postura, sus deficiencias. En definitiva, estar dispuesto tanto a cambiar como a influir en los otros. Cuando existe auténtico diálogo, se entra en un proceso de apertura y transformación que toma en cuenta la perspectiva del otro, dejándose interpelar y transformar por ella. En ese sentido, el diálogo ecuménico implica entrar en un proceso de conversión, de *metanoia.* De ahí que se haya hablado de un «diálogo de conversión»[6].

El diálogo doctrinal: ese gran desconocido

Ciertamente, el diálogo ecuménico es más que el resultado académico de grupos selectos de teólogos y comisiones internacionales. Es tarea de toda la Iglesia. De ahí que se hable de diversos niveles de ecumenismo (institucional, espiritual, de base, doctrinal, etc.). Pero, induda-

6. K. Raiser se ha referido a este aspecto costoso del diálogo: «Estar en relación significa estar preparado a exponerse uno mismo a la alteridad, a la singularidad del otro, a permitir que cambie el propio ser en ese encuentro. También significa aceptar los temores y las ansiedades que ese tipo de encuentro suscita en nosotros. El encuentro con el otro en la búsqueda de la *koinonía,* fundada sobre el don de Dios, exige una *kenosis,* una autoentrega, un despojo personal»: K. RAISER, «Informe del Secretario General a la Asamblea», en (N. Lossky [ed.]) *Faisons route ensemble (Rapport officiel de la Huitième Assemblée du Conseil Oecuménique des Églises),* Genève 1999, 90.

blemente, el diálogo doctrinal sobre aquellas cuestiones que todavía dividen a las Iglesias ocupa un papel fundamental en el camino hacia la unidad visible. Desde que se iniciara el movimiento ecuménico, las Iglesias se han comprometido en una serie de diálogos de carácter bilateral o multilateral, a nivel local, regional e internacional. El trabajo desarrollado ha sido más que considerable, y sus frutos notorios. De ello dan cuenta textos como el documento de Lima (BEM), expresión de las convergencias en torno al bautismo, la eucaristía y los ministerios, o la Declaración Conjunta sobre la Justificación, firmada por la Iglesia Católica y la Federación Luterana Mundial.

El avance ha sido igualmente notable en el ámbito metodológico. Pronto se manifestó insuficiente el inicial método comparativo, que buscaba señalar los puntos de acuerdo y las divergencias. La eclesiología comparativa dio paso a una aproximación cristológica. Se pasó así de la confrontación a una común orientación hacia la unidad en Cristo. Las diferencias se interpretaban ahora a la luz de la común relación con Jesucristo. El cambio hermenéutico era significativo: enfocarse hacia aquello que es común, haciendo que el diálogo empiece, no por las diferencias históricas de una tradición o práctica particular, sino por aquello que es comúnmente compartido; comenzar por examinar aquello que une a los interlocutores para, sólo en un segundo momento, abordar las cuestiones y aspectos más controvertidos en un clima de confianza recíproca.

Pero los documentos se enfrentan a la dificultad de su recepción. Textos que surgen como fruto de décadas de trabajo y que suponen un notable avance teológico reciben, sin embargo, escasa atención por parte de las Iglesias. ¿Cuántos cristianos de a pie podrían decir algo sobre los fecundos diálogos que, desde hace más de tres décadas, sostienen la Iglesia Católica y la Comunión Anglicana? ¿O cuántos han oído hablar del Acuerdo de la Justificación?

Conscientes de que la eficacia de los acuerdos depende de su acogida y aplicación por parte de las Iglesias, la comisión doctrinal del CEI, «Fe y Constitución», ha tratado en las dos últimas décadas de impulsar el proceso de recepción de los documentos ecuménicos. Una gran parte del esfuerzo está ahora centrado en intentar que los acuerdos ya alcanzados tengan resonancia en la vida, la práctica y el culto de las Iglesias. ¿Cómo hacer para que el diálogo pueda ser recibido en la vida de las Iglesias y transforme las relaciones existentes? Ésta es una de las tareas a las que el movimiento ecuménico se enfrenta hoy.

¿Una «cultura del diálogo» bajo amenaza?

Uno de los frutos de la incorporación de la Iglesia Católica al movimiento ecuménico fue la creación, en 1965, de un Grupo Mixto de Trabajo entre la Iglesia Católica y el CEI. Entre sus primeros trabajos se encontraba un estudio sobre la naturaleza del diálogo ecuménico. Tres décadas después, la Comisión ha querido analizar de nuevo la naturaleza y la práctica del diálogo ecuménico, a la luz de los retos y oportunidades que presenta el contexto actual. La situación de creciente pluralismo se convierte en una fuerte llamada a intensificar el diálogo en todos los niveles de la existencia humana. «El diálogo –afirma el documento– se ha convertido en una condición *sine qua non* para las naciones, las Iglesias y las culturas»[7]. De ahí la necesidad de hacer balance y seguir impulsando a las Iglesias a proseguir el diálogo ecuménico.

En una mirada retrospectiva, el Grupo Mixto constata el desarrollo de una «cultura del diálogo» que ha permitido reexaminar el pasado de divisiones y crear nuevas relaciones entre las Iglesias. No han sido pocos los logros de un proceso en el que destacan algunos acontecimientos como el levantamiento de las excomuniones mutuas, realizado por Pablo VI y el patriarca Atenágoras I, o la más reciente Declaración Conjunta sobre la Justificación. Pero, junto a ello, el texto alerta sobre la existencia de la tendencia a la «reconfesionalización» que acecha a algunas Iglesias: «Si, por una parte, el diálogo ha hecho nacer una sensibilidad y un compromiso ecuménico crecientes entre las tradiciones eclesiales, por otra, se ha desarrollado igualmente una obediencia renovada a la identidad confesional, que podría conducir a un confesionalismo exclusivo»[8].

Como posibles causas de esa contracultura a las que apunta el documento, concurren razones de carácter socio-político (el creciente fundamentalismo, el nuevo contexto político, o el reforzamiento de las identidades étnicas y nacionales como contrapeso a la globalización) y otras internas a la propia dinámica ecuménica, como la dificultad de algunas Iglesias para incorporar la recepción de los acuerdos y llevar a

7. GRUPO MIXTO DE TRABAJO IGLESIA CATÓLICA - CONSEJO ECUMÉNICO DE IGLESIAS (CEI), *op. cit.,* 384.
8. *Ibid.,* 388.

la práctica sus resultados. De ahí la necesidad de replantear la cuestión de la identidad:

> «El diálogo con los cristianos de los que estamos separados exige que examinemos el modo en que nuestra identidad se ha construido en oposición a la de los otros, es decir, cómo nos hemos identificado por lo que no somos. Superar las construcciones de identidad polémicas requiere nuevos esfuerzos para articular la identidad de modo más positivo, distinguiendo entre identidad confesional, como signo de fidelidad de la fe, y confesionalismo, como ideología erigida en enemistad con respecto a los otros. Esto lleva consigo una preparación para el diálogo ecuménico tanto espiritual como teológico. A través de la comprensión de los antagonismos mutuos y el perdón dado y recibido, pasamos del temor de unos a otros a la voluntad de llevar los fardos unos de otros, a la llamada a sufrir juntos»[9].

Así como no cabe el ecumenismo sin voluntad de diálogo, tampoco es éste posible si los interlocutores no dialogan desde la propia identidad. Pero, como ha recordado el grupo de Dombes, la verdadera identidad confesional es bien distinta del «confesionalismo» y no se da sin una conversión continua[10]. Algo que también ha recordado Aram I:

> «El diálogo con nuestro vecino no menoscaba en absoluto nuestra total adhesión a nuestra fe. En la interacción dialogada con otros, nuestra propia fe se enriquece, se afina y se fortalece. Dialogar significa dar testimonio, es decir, vivir el acontecimiento de Cristo en medio de las ambigüedades, incertidumbres y polarizaciones de este mundo. Significa también escuchar y tratar de entender la fe y las perspectivas de los demás. El diálogo es una salvaguarda contra el sincretismo. Es una búsqueda de una comunidad más amplia»[11].

Y es que una de las tareas más complejas a las que se enfrenta el ecumenismo es la articulación de dos fidelidades: la fidelidad confe-

9. *Ibid.,* 395-396.
10. Cf. GROUPE DES DOMBES, *Pour la conversion des Églises,* Paris 1991, 11-12.
11. ARAM I, «Informe del presidente a la Asamblea», en (N. Lossky [ed.]) *Faisons route ensemble,* cit., 76.

sional –el deber de mantener la verdad recibida en la propia tradición– y la fidelidad ecuménica –que, siguiendo el mandato de Jesús, impulsa a buscar la unidad visible por encima de las divisiones históricas–. La perspectiva del diálogo produce con frecuencia el temor a estar relativizando las propias creencias. Congar se ha referido en los siguientes términos a la relación que media entre el diálogo y la fidelidad a la verdad confesional recibida:

> «Desde el punto de vista de la verdad que profeso, la apertura ecuménica, de la que el diálogo es consecuencia y medio, no supone, en absoluto, la confesión de hallarme en el error; es perfectamente compatible con la convicción de hallarme en la verdadera Iglesia. [...] La apertura al diálogo sólo supone tener conciencia del poder y el deber de hacerse más profundo, de plantear mejor ciertas cuestiones, de conocer y formular mejor la verdad de su solución: y esto con la aportación de los otros. [...] La apertura al diálogo implica como necesaria y suficiente, a un tiempo, la conciencia de no poder identificar totalmente lo que, en el momento presente, profeso, en el estado en que lo profeso en la actualidad, con el Absoluto de la Verdad, a la que me declaro llamado»[12].

Sin prisa, pero sin pausa

El gran entusiasmo que en el ámbito católico suscitó el ecumenismo durante el postconcilio dio paso, con el tiempo, a una cierta sensación de desánimo que no han logrado disipar los logros alcanzados. Las diferencias que separaban a las Iglesias eran algo más que simples equívocos, pues afectaban al núcleo mismo de la fe cristiana[13]. El camino

12. Y. CONGAR, *op. cit.,* 64.
13. «La sensación, con todo, es la de hallarnos empantanados. Y el motivo esencial es sólo uno: en el periodo postconciliar se pensaba que las diferencias que dividían históricamente a las varias confesiones cristianas eran en realidad grandes y lamentables equívocos. De este modo, era suficiente sentarse alrededor de una mesa y discutir en tono fraternal para superar las incomprensiones del pasado y volver a encontrar la unidad. Terminada la primera fase del diálogo, era inevitable que se produjera una "encalladura". Las divisiones no sólo tienen que ver con las verdades periféricas de la fe, sino además con la esencia misma del cristianismo»: J. BOSCH, «El largo camino hacia la reconciliación cristiana (a propósito de Unitatis Redintegratio)»: *Teología Espiritual* 101-102 (1990) 396.

hacia la unidad se revelaba más complejo de lo que a primera vista parecía. La aproximación entre las Iglesias hacía más patente la problematicidad teológica y socio-cultural y, a medida que se avanzaba en el camino, iban apareciendo nuevos obstáculos que dificultaban el proceso. El tiempo parecía haber puesto en cuestión aquel viejo axioma –«la doctrina divide, la acción une»– que impulsara a los creadores del movimiento «Vida y Acción». Controversias como la originada en el seno del CEI con ocasión de la puesta en marcha del Programa para Combatir el Racismo, en la década de 1970, o las polémicas en torno a cuestiones morales y sociales, han puesto de manifiesto cómo las respuestas de las Iglesias a esos retos no sólo son diferentes, sino que podrían llegar a ser causa de nuevas divisiones.

Pero es precisamente ante la dificultad del proceso cuando hay que recordar el valor y sentido del diálogo:

> «La actitud y la voluntad de diálogo llega, sin embargo, más pronto o más tarde, a la convicción de las dificultades que supone franquear los límites de la comprensión de las otras Iglesias. Dificultades debidas al peso de la propia tradición, de las propias costumbres, de la manera propia de presentar y vivir la fe cristiana. Pero la actitud dialogante, precisamente por su conciencia de las limitaciones, produce una incesante movilidad en los planteamientos de la problemática de la desunión cristiana. Por ello es una actitud creativa, es el ensayo continuo de nuevos enfoques, ya que desde uno solo las oposiciones son casi siempre irreductibles»[14].

En su balance de la situación, el Grupo Mixto de Trabajo Iglesia Católica – CEI, ha querido recordar los grandes avances logrados y seguir impulsando a las Iglesias a un diálogo en busca de la unidad. Sin prisa, pero sin pausa. Manteniendo viva la utopía ecuménica frente al escepticismo y al desánimo. Sabiendo, como afirmara en su día Pablo VI, que el camino del ecumenismo es largo y difícil, pero no por ello menos esperanzador.

14. J. BOSCH, «El ecumenismo, una dimensión esencial de la catequesis hoy»: *Teología y Catequesis* 67 (1998) 81.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

ANSELM GRÜN
Dimensiones de la Fe
120 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 7,50 €

A la vista de la agresividad que en el mundo entero se asocia con el nombre de Dios, resulta difícil ser creyente. De ahí que muchas personas se refugien en la arbitrariedad de una espiritualidad multicultural en boga en el gran mercado de las ofertas de sentido. Sin embargo, la fe responsable requiere tanto de la duda como de la certeza. La fe suscita nueva vida a través de la interacción de los dogmas tradicionales y la experiencia personal. Su objetivo es la renuncia a un mundo anquilosado, regido por el mero funcionalismo, y la inmersión en un mundo diferente: el mundo de Dios.

ST 94 (2006) 779-790

LOS LIBROS

Recensiones

PIERI, Fabrizio, *Pablo e Ignacio. Testigos y maestros del discernimiento espiritual,* Sal Terrae, Santander 2005, 214 pp.

El autor de este libro es profesor del Instituto de Espiritualidad de la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma. Al aludir a «Pablo» y a «Ignacio», Pieri nos ofrece su saber en dos ámbitos lejanos en el tiempo y en la cultura, pero cercanos en temas, preocupaciones y sentires teológicos: el ámbito bíblico y el ámbito ignaciano.

El libro está estructurado en cuatro capítulos claramente delimitados y con una cierta autonomía, pues cada uno de ellos podría por sí mismo formar un pequeño tratado de discernimiento. El primero (pp. 13-34) hace un recorrido por los «lugares ignacianos» (vida, textos y documentos) en los que aparece el nombre, la persona o la influencia de Pablo en el santo de Loyola; en ocasiones, tal presencia parece un poco «forzada», y se interpretan experiencias primeras de la persona de Ignacio desde la doctrina espiritual paulina o desde la misma vida del apóstol (pp. 18, 23, 31). Con todo, este primer capítulo saca a la luz las no pocas ocasiones en que la figura del Apóstol de Tarso se hace presente en el desarrollo y formación de la personalidad espiritual de Ignacio de Loyola. Los dos siguientes capítulos forman un díptico de estructura semejante, uno dedicado a Pablo (35-80), y otro dedicado a Ignacio (81-190); cada uno de ellos con dos epígrafes, uno dedicado a la experiencia vivida, y otro al magisterio formulado.

El capítulo segundo, «El discernimiento espiritual en Pablo de Tarso», lo componen 40 densas y filológicas páginas en las que, siguiendo un claro método exegético, se va mostrando el crecimiento de Pablo en el Seguimiento del Señor a través del discernimiento. Tal método pone de relieve el rico espectro

léxico de Pablo para hablar sobre la experiencia de Cristo en clave de discernimiento: desde la fundante experiencia cristofánica de Damasco (pp. 37-38), vivir es para Pablo buscar (discernir la presencia) a su Señor: *egoumai, dokimazein* (examinad –con sus cinco posibilidades hebreas–: pp. 55-62), *diaferein* (p. 62), *metamorfousthai* («transformación transfiguradora»?: p. 65), *epignosis* (conocimiento intuitivo), *aisthesis* (conocimiento intelectual: p. 72).

El capítulo tercero (81-190) se adentra en el discernimiento en Ignacio de Loyola. El texto se basa en la edición de Josep Mª Rambla (Santander 1990), y los comentarios se inspiran con frecuencia en la edición italiana de M. Costa (Roma 1994). Pieri presenta a Ignacio movido desde los comienzos a discernir y a buscar a Dios. La parte del capítulo dedicada a la «experiencia» está basada en el testimonio de la *Autobiografía,* a la que Pieri sigue demasiado de cerca, sin considerar la intención a la que apunta desde su primera redacción o el género hagiográfico que la inspira. Tal vez por ello aparecen modos, en mi opinión, desproporcionados de hablar de Ignacio (pp. 90, 92) especialmente en p. 111: «El Peregrino es transformado y transfigurado hasta convertirse en un hombre nuevo, una criatura nueva...», o en p. 116, en el breve comentario a la experiencia de La Storta. Por lo que respecta al Magisterio escrito, el autor ofrece un breve comentario a las Anotaciones de los Ejercicios, las Adiciones (EE 73-90), los tres tiempos de elección (EE 175-188) (¿es el primero una «experiencia rara y extraordinaria»?: p. 150) y, por fin, las Reglas de discernimiento (EE 313-327 y 328-336). Creo que el comentario a estas reglas, dado el tema principal del libro, habría requerido un tratamiento más detenido, más exegético y teológico, como se hizo en el capítulo anterior con la doctrina paulina, en especial un comentario a la experiencia de la consolación, piedra de toque y principio y fundamento del sistema teológico-místico de Ignacio. Este capítulo se completa con una breve referencia a las *Constituciones* (162-170), donde se destaca de manera especial el concepto de *discreta caritas,* y al Epistolario, donde se ofrecen las cartas a Sor Teresa de Rejadell (Venecia, 18 de junio de 1536) y otras destacadas a Francisco de Borja. ¿Habría sido más afín a los epígrafes del capítulo haber incluido las páginas dedicadas al *Diario Espiritual* (155-162) en el apartado dedicado a la «experiencia», junto a la *Autobiografía*? En mi opinión, en este capítulo aparece demasiada cita textual, tanto de los *Ejercicios* como de las cartas, que ralentiza la lectura del texto.

El breve capítulo cuarto (pp. 191-210), «Aplicación a la vida cristiana y a la pastoral de hoy», ofrece

una síntesis muy práctica y directa sobre el Discernimiento en estos dos grandes Maestros de Vida espiritual y el valor de su magisterio para el crecimiento de la vocación personal y de la vida de toda la Iglesia.

José García de Castro, SJ

LAMET, Pedro Miguel, *El aventurero de Dios. Francisco de Javier,* La Esfera de los Libros, Madrid 2006, 742 pp.

Tenía que ser Pedro Miguel Lamet quien, tras novelar las vidas de Ignacio de Loyola y Francisco de Borja, diese forma y color a una de las aventuras más ricas y apasionantes de la historia del cristianismo, incluso de la historia a secas: los viajes y hazañas de Francisco de Javier. Esta novela histórica culmina, como el autor mismo reconoce, la trilogía en torno a tres personajes clave del siglo XVI insertos en las raíces de la Compañía de Jesús.

La pasión que Lamet ha puesto en este libro se adivina ya desde la dedicatoria, a la memoria de Pedro Arrupe, su tan admirado y querido general de los jesuitas, cuya etapa como misionero en Oriente inspira sin duda el respeto y cariño con que la novela trata la cultura japonesa, y en quien el autor ha visto un claro continuador de la obra del santo navarro. Entre otras cosas, por ejemplo, en el atinado concepto de la inculturación que Arrupe acuñó, pero que su predecesor en Japón ya había apuntado cuatro siglos antes: «Pero en lo referente a las demás costumbres japoneses, Javier había llegado a la conclusión de que lo mejor era adaptarse a su forma de vida: "Mientras algo no sea una ofensa a Dios, entonces paréceme lo más acertado no cambiar nada, a no ser que ese cambio sea del servicio de Dios"» (p. 664).

Si la propia concepción de la obra –dar formato de novela de aventuras a la vida de un santo, manteniendo el rigor histórico, para llegar a todo tipo de público, como ha hecho ya en varias ocasiones Lamet– es un acierto, no lo es menos la forma. La agilidad narrativa –introduciendo el diálogo cuando es posible y tratando de convertir la historia en historias–, la vena poética del autor (ve, por ejemplo, los catamaranes varados en la playa como «esqueletos de animales muertos»; las japonesas son «mujeres de porcelana»; la multitud en la plaza es «paleta de pintor»; y los peces pescados, «plata viva que saltaba en la red») y su dominio de las técnicas cinematográficas aplicadas a la literatura (por ejemplo, con *flashbacks* del pasado de Javier introducidos hábilmente entre los casi doce años de periplo por Oriente; el mismo autor habla de

que su aportación ha sido la «puesta en escena» de la vida de Javier) convierten la novela en un libro de interés para cualquier lector, no necesariamente con inquietudes religiosas.

Ya en las dos novelas anteriores de la trilogía, *El caballero de las dos banderas* (la vida novelada de Ignacio) y *Borja, los enigmas del Duque* (la de Francisco de Borja), el autor hace gala de un conocimiento profundo de la época, que vuelve a demostrar en *El aventurero de Dios.* Aquí, además, se revela una amplísima documentación sobre aquel momento histórico de Oriente, y no desperdicia todo lo aprendido sobre navegación en la preparación de la novela sobre Pedro Claver (*El esclavo blanco*).

La historicidad y rigurosidad de los datos –que, como siempre, Lamet garantiza– sólo concede una licencia a la ficción: la introducción de un personaje, un judío converso portugués que huye de la Inquisición, testigo de las andanzas del santo navarro, que regresa al final a Lisboa convertido en un rico comerciante. Quizás este João Mendes, cuya mirada –probablemente compartida por el autor– admirada pero no totalmente acrítica hacia Javier (no entiende que los no bautizados por no haber tenido oportunidad se condenen en el infierno del que habla el santo; le descubre a veces arengador de tropas; otras, riguroso en exceso con el tema de la obediencia...), no tenga tanta fuerza como sus homólogos en las otras dos novelas: la reina Catalina de Portugal (*El caballero...*) y Juan de Borja, el hijo predilecto del Duque de Gandía (*Borja, los enigmas...*), ambos personajes históricos –a diferencia de Mendes–, utilizados por Lamet como narradores. En todo caso, ejerce su función con maestría y se convierte en personaje de interés en sí mismo.

El afán de rigor histórico y exactitud en los datos, claramente necesario para el género de la obra, es aquí una virtud que en ocasiones se convierte en defecto. Es el dificilísimo equilibrio –que Pedro Miguel normalmente domina–- entre los dos componentes del binomio, aparentemente contradictorio, «novela» e «histórica». Puede que, dejando por momentos de lado el prurito de tratar de encajar todos los datos e introducir nombres, y quizás simplificando algo la acción, se habría ganado fuerza dramática y vigor narrativo, además de que la novela podría ser algo más corta.

En línea con Javier, que llevó el Evangelio a pueblos no creyentes, la gran hazaña de Pedro Miguel Lamet –que lleva logrando con éxito desde hace muchos años– es hacer llegar con amenidad e interés, pero sin falta de rigor, historias evangélicas, vidas de santos, en forma de novela, al gran público (hoy también, por lo

general, poco creyente). Establecer una línea eficaz de comunicación entre la Iglesia y la sociedad es otra forma de milagro que se debe aplaudir y fomentar.

José Manuel Burgueño

KASPER, Walter, *Sacramento de la unidad. Eucaristía e Iglesia,* Sal Terrae, Santander 2005, 140 pp.

La presente obra del actual presidente del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los cristianos vio la luz al comienzo del Año Eucarístico con la pretensión de ser una primera ayuda teológica y pastoral para profundizar en el sacramento fundamental de la fe. Una vez concluido el Sínodo de los obispos en octubre de 2005, con el que se ponía fin a dicho Año Eucarístico, este libro continúa siendo una propuesta enormemente válida sobre la que merece la pena volver y que conviene rescatar de entre la maraña de publicaciones que este tipo de celebraciones suele provocar.

Siguiendo la estela de la encíclica del papa polaco *Ecclesia de eucharistia* (2003), el cardenal Kasper parte del convencimiento de considerar la Eucaristía como fuente, centro y cumbre tanto de la vida del cristiano como de la vida de la Iglesia y, por tanto, de su pastoral. «La Eucaristía es lo más valioso que poseemos en cuanto Iglesia: es su auténtico corazón. A ella se ordena todo lo demás. [...] Desde el punto de vista pastoral, casi todo depende de la recta intelección y praxis de la celebración eucarística» (p. 13).

A lo largo de seis capítulos, irá desgranando el sentido profundo de este sacramento para la vida litúrgica de la comunidad, sin esquivar en ningún momento los temas más espinosos y polémicos que revelan la delicada situación en que la Iglesia se encuentra con respecto a este acontecimiento central: el descenso en la participación, la deficiente comprensión de los textos y símbolos, la ausencia de formación litúrgica, la falta de solidaridad entre los sacerdotes («no es de recibo que en algunas comunidades se celebren varias eucaristías en domingo mientras otras comunidades se ven obligadas a renunciar por completo a ella»: p. 19) o la falta de comunión plena con las Iglesias separadas... constituyen algunos de los puntos de interés en los que el autor centra su análisis. El rigor teológico, por tanto, va acompañado de una perspectiva enormemente práctica y vital.

Junto a una sólida fundamentación de las ideas, una destacada claridad en la exposición doctrinal y una actitud realista, a la vez que esperanzada –ni *pesimistas apocalípticos* ni *soñadores utópicos*–, el libro contiene una convincente exhorta-

ción a la participación activa de todos los bautizados desde un mayor conocimiento del sentido profundo del misterio eucarístico. De entre todos los rasgos del sacramento, W. Kasper señala la necesidad de dedicar un esfuerzo especial a la reflexión y, sobre todo, a la vivencia, de la unidad (tema muy presente en toda la obra del actual pontífice, Benedicto XVI), pues detrás de la unidad se esconde la pregunta por el sentido de toda la realidad y, en especial, de la diversidad. El pluralismo, dogma fundamental de la filosofía posmoderna, debería estar dispuesto a dialogar más con el «Dios todo en todas las cosas», cuyo plan salvífico dispone la congregación escatológica de Israel y de todos los pueblos en Cristo más allá de razas, culturas y religiones.

Mª Dolores L. Guzmán

MARDONES, José María, *Recuperar la justicia. Religión y política en una sociedad laica,* Sal Terrae, Santander 2005, 270 pp.

«La política se ha hecho difícil de valorar para muchos creyentes. [...] Prima en nuestro Occidente europeo y español una suerte de individualismo puro: desligado y desvinculado de toda referencia social. Cada uno es un yo que se vive y entiende desde sí mismo y para sí mismo. Se ha perdido la conciencia de la relación» (p. 11).

En estos términos introducía su última publicación en la colección «Presencia Teológica» José María Mardones, cuya muerte nos sorprendió hace unos meses. Mardones ha dedicado muchos años a reflexionar sobre estos temas y a publicar diferentes estudios (*Fe y política,* 1993; *¿A dónde va la religión?,* 1996; *La vida del símbolo: la dimensión simbólica de la religión,* 2003; *Postmodernidad y Cristianismo,* 2003[3]; *La indiferencia religiosa en España,* 2004). Su larga serie de publicaciones y los temas tratados hacen que nos encontremos ante alguien verdaderamente referencial a la hora de abordar el análisis que propone en estas páginas. Lástima que ya no podamos volver a contar con su presencia, aunque siempre nos quedará su palabra...

La presente obra se compone de tres partes que comprenden trece capítulos. La primera parte –«Una visión global»– nos sitúa en la presente crisis de política y religión, invitándonos a recuperar la justicia (cap. 1) y recordando las ambivalentes relaciones entre religión y política en el nuevo escenario internacional (cap. 2). La segunda parte –«El compromiso político de los cristianos»– parte de plantear la dimensión políti-

ca de la fe cristiana en relación con la situación actual (cap. 3). Seguidamente señala la dimensión política de la existencia humana y de la fe cristiana (cap. 4), el compromiso por la justicia (cap. 5) y los desafíos que plantea nuestra época neoliberal y globalizadora (cap. 6). En la tercera parte –«Ética, religión y política»– se desarrollan temas como la ética y la política en un mundo desorientado (cap. 7), el sufrimiento humano y la respuesta política (cap. 8), la salida de la religión y la crisis de la democracia (cap. 9); y se sugiere una revisión de la teología política (cap. 10), para, a continuación, tratar aspectos concretos, como el Holocausto y la reconciliación cristiana (cap. 11) y la reconciliación en el proceso de pacificación del País Vasco (cap. 12). El último capítulo (13) desarrolla las llamadas «guerras de laicidad» y el laicismo en España. Una «Nota bibliográfica» busca –siempre oportunamente– ofrecer caminos para ampliar el conocimiento del tema.

Si bien el título expresa con veracidad el contenido de la obra, de hecho no nos encontramos ante un estudio sistemático acerca de la religión y la política en una sociedad laica, sino ante un conjunto de reflexiones que han visto la luz en distintos foros –mencionados por el autor en cada ocasión–, lo que permite, por una parte, una lectura un tanto independiente de cada capítulo y, por otra, un acercamiento desde distintas perspectivas a la situación actual de la relación –polémica– entre religión y política.

Además de ser un experto, Mardones era un gran comunicador. Y lo refleja, una vez más, en estas páginas, surgidas a propósito de diversas ocasiones. Con un estilo directo, incisivo y provocador, va desarrollando su pensamiento y las conclusiones a las que llega. Crisis de la política, nuevos fundamentalismos de distinto cuño, religión difusa, ocaso del modelo de cristiandad, paz interreligiosa, nuevos movimientos sociales, conciencia ciudadana, análisis estructurales, emigración, consumismo, globalización, ética civil, aportación cristiana...: estos y otros temas van teniendo su lugar en esta obra. Una obra ante la que no cabe quedar indiferente, que hace pensar, que suscita preguntas, que invita a ir más allá de la realidad bruta, buscando la unión indisoluble entre fe y justicia y la superación de toda tentación de reducir la fe a la intimidad, pero sabiendo vivir y convivir en una sociedad laica, posmoderna, globalizada: algo de lo que José María Mardones supo ser ejemplo vivo.

Mª Ángeles Gómez-Limón

QUINZÀ LLEÓ, Xavier, *Modular deseos, vertebrar sujetos. Pensar la formación para la vida consagrada,* San Pablo, Madrid 2005, 248 pp.

La formación de las religiosas y religiosos neófitos en la actualidad no puede ser la misma que la de hace veinte años, porque, como indica Xavier Quinzà, los jóvenes que llegan pidiendo formar parte de nuestros institutos religiosos están profundamente marcados por la sociedad contemporánea. Este libro es, precisamente, una valiosa ayuda para los que son, o van ser, formadores en estos tiempos que estamos viviendo. También puede ser de interés para todos los religiosos o religiosas en general, aunque no sean formadores, pues sus reflexiones ayudan a pensar en profundidad el sentido y el modo de vivir la vida religiosa. Con todo, esta obra no está dirigida a los formandos.

Como indica el título de la obra, y como explicita el propio Quinzà en la introducción, el tema más importante en torno al cual ésta se articula es el de los deseos: «toda formación en el seguimiento radical de Jesús tiene que ser un proceso de modular deseos y vertebrar sujetos» (p. 14). Se enfoca la formación como un ámbito donde educar los deseos y conseguir que Jesús pase a sustituir al ambiente social como la principal fuente de influencia sobre los mismos. De esto se habla fundamentalmente en el capítulo tercero. Anteriormente, en el capítulo primero, se ha analizado cómo son «los nuevos escenarios de la vida consagrada», cómo son la «llamada» y las nuevas generaciones que la reciben. En el capítulo segundo se habla de «la formación como cultivo de la virtud», abordándose los temas de la calidad de la vida consagrada y su crecimiento espiritual y humano, la capacidad de admiración y la compasión. En el último capítulo, «formar en comunidad para lo cotidiano», el autor analiza la alteridad, la vulnerabilidad y la pedagogía espiritual en el ámbito comunitario de la formación. Concluye esta obra hablando sobre «sintonizar con la Eucaristía para consagrar la vida».

Según se va leyendo el libro, se comprueba su rica densidad de contenidos. Personalmente, estoy de acuerdo en que el tema central es «modular deseos, vertebrar sujetos»; pero es tal la cantidad de asuntos formativos tratados que da la impresión de que el título se queda corto. Por eso el subtítulo del libro da una mejor idea de su contenido: «Pensar la formación para la vida consagrada».

Además del magnífico análisis que Quinzà hace sobre la educación de los deseos, resulta muy sugerente e instructiva la manera que tiene de abordar el tema de la oración y la vi-

da interior de quienes han de ser «enamorados de Dios»; su concepto de aprendizaje: «Aprender, aprender, no lo hacemos hasta que no modificamos el modo como concebimos la vida» (p. 161); cómo orienta la formación para hacer madurar al sujeto sin sacarlo de la sociedad a la que pertenece y en la que tiene que trabajar por el Reino; las pautas y criterios a seguir en el diálogo con el formando; la metodología a aplicar para que cada miembro de la comunidad abra su «historia vital» a sus hermanas o hermanos; las técnicas que el formador puede seguir para corregir a los formandos; las abundantes y profundas preguntas que jalonan toda la obra y que mueven, casi inevitablemente, a la reflexión; y la sugerente visión que da de la eucaristía en la conclusión.

Estamos hablando de un libro escrito por una persona que tiene esta experiencia Dios: «Si yo pudiera resumir toda mi fe, quedaría así: creo en la vida del Otro en mí, creo en el riesgo infinito de Dios, creo en la fragilidad de Dios porque, si bien no hay nada más fuerte que el amor, tampoco hay nada más frágil» (p. 220). No cabe duda de que Xavier Quinzà es un verdadero «maestro». A lo largo de toda esta obra se hace sentir su gran carisma de formador, su magnífica preparación para este sagrado oficio y su amplísima experiencia. En mi opinión, no habría estado nada mal que hubiera acompañado sus reflexiones con ejemplos concretos tomados de la experiencia formativa.

En conclusión, Xavier Quinzà proporciona una magnífica ayuda para esa labor tan difícil e importante que es la formación de las nuevas religiosas y religiosos.

Fray Julián de Cos, OP

NOUWEN, Henri J.M., *El trabajo por la paz. Oración – resistencia – comunidad,* Sal Terrae, Santander 2005, 128 pp.

Henri Nouwen, fallecido en 1996, es uno de los autores espirituales más conocidos de nuestro tiempo. Obras como *El regreso del hijo pródigo* o *El sanador herido* dan muestra de la hondura de su planteamiento, anclado en lo cotidiano de la vida. El hecho de que abandonase su brillante carrera académica para incorporarse a una comunidad de *El Arca,* con personas que sufren minusvalías físicas y psíquicas, ofrece una credibilidad especial que los lectores han sabido valorar.

Lo que no es tan conocido es que, durante las décadas de los años 80 y 90, Henri Nouwen mantuvo fluidos contactos con el movimiento cristiano no-violento, como bien señala John Dear en el prólogo a la

presente obra. Me parece importante destacar este punto, porque el librito que presentamos ofrece las bases para una atinada espiritualidad pacifista y, al mismo tiempo, ayuda a situar la obra de Nouwen en un contexto sociopolítico más amplio y más concreto de lo que a veces se reconoce.

Este libro fue escrito hace unos veinte años, y es legítimo, por tanto, preguntarse acerca de la oportunidad de su publicación y la pertinencia de su contenido para nuestra situación actual. En mi opinión, la respuesta a ambas cuestiones es rotunda: sin duda, se trata de una obra provechosa, adecuada, actual, valiosa y estimulante. Y ello fundamentalmente por dos razones.

En primer lugar, Henri Nouwen plantea y desarrolla una verdadera *espiritualidad* pacifista, articulada sobre tres pilares esenciales: oración, resistencia y comunidad. No se sitúa en el terreno del análisis sociopolítico o estratégico, sino que apunta a los niveles más profundos de las dinámicas espirituales. Y por eso sus reflexiones superan la contingencia de lo meramente coyuntural, para adquirir validez más amplia y más honda. Es cierto que el libro se refiere a la política criminal de los Estados Unidos en Centroamérica durante los años 80 o a los submarinos nucleares Trident. Es cierto también que la carrera de armamentos y la guerra fría ya no dominan la política internacional de nuestros días. Pero es igualmente cierto que las reflexiones de Nouwen siguen siendo válidas en este momento de guerra en Irak, política agresiva en Colombia o exclusión genocida en África.

En segundo lugar, el libro de Nouwen defiende una verdadera espiritualidad *pacifista.* Insiste en que «el pacifismo es una vocación a tiempo completo que incluye a todos los miembros del Pueblo de Dios» (p. 17) y que «se ha convertido en la más urgente de todas las tareas cristianas» (p. 23). No son palabras huecas ni superficiales. Necesitamos escucharlas y convertirnos a lo que ellas indican. Desde aquí resuenan, con vigor renovado, sus comentarios sobre cuestiones tradicionales de la vida espiritual. La oración «es la base y el núcleo del pacifismo» (p. 34), porque con ella entramos en el mundo de Dios y así «destruimos el miedo a la muerte, que es la base de toda destrucción humana» (p. 43). La comunidad cristiana no es sólo el contexto o un medio para luchar por la paz, sino que es el lugar donde «se hace visible una nueva comunidad humana» (p. 99) que plasma nuestro anhelo de paz. Con todo, creo que las reflexiones sobre la resistencia cristiana (pp. 48-97) son las más sugerentes, potentes e innovadoras. Leemos allí que «decir "no"» a la violencia y a la injusticia es «una necesidad santa» (p. 51), a

la vez que necesitamos decir un «sí» humilde, compasivo y alegre a la vida, de manera que logremos descubrir las múltiples formas de resistencia como oración y como liturgia. Además, el libro consigue integrar armónicamente los tres pilares, no como elementos aislados, sino como piezas esenciales de la santidad contemporánea.

Por todo ello, nos congratulamos de esta publicación y confiamos en que su lectura nos mueva a la acción contemplativa por la paz y la justicia. Quizá haya llegado el momento de dar pasos hacia un movimiento cristiano de no-violencia activa.

Daniel Izuzquiza, SJ

GRÜN, Anselm, *La Navidad, celebración de un nuevo comienzo,* Sal Terrae, Santander 2005, 174 pp.

Anselm Grün, monje benedictino y autor de una densa colección de libros de espiritualidad, a través de estas páginas quiere ayudarnos a derribar esas construcciones mentales que solemos hacernos las personas en tiempos de Navidad (así como en todo acontecimiento rememorativo), impidiendo vivirla en su realidad auténtica.

Son muchos los que durante esas fiestas suelen recordar el pasado, la niñez..., embargándose en un estado de nostalgia y tristeza. Para superar este sentimiento de dolor y pérdida, el autor nos invita a contemplar el Misterio de la Navidad a través de imágenes (el establo, el pesebre, la cueva, los pastores, los ángeles, las estrellas...). Dichas imágenes pretenden proporcionarnos un acceso al misterio de la humanación que nos convierta verdaderamente en seres humanos, devolviéndonos la alegría de sentir en nuestro interior la esperanza de las promesas cumplidas.

Por medio de la contemplación de estas figuras y representaciones que acompañan a la Navidad, se pretende que ésta nos invite a arriesgarnos a un comienzo nuevo, donde todo se recree, e irrumpa en nuestra vida una realidad distinta, divina, que nos haga sentir tocados en nuestro anhelo más profundo.

Para ello no es necesario leer todo el libro de seguido; no todas las imágenes nos tienen por qué decir algo. Cada uno puede escoger aquellas que más le lleguen al corazón. Hay que tomarlas como ventanas a través de las cuales se puede contemplar el Misterio de Dios y de nuestra vida.

Recomiendo este libro a todos cuantos desean que su vida reciba una cualidad nueva, desatándose del pasado y de las heridas personales.

Leer estos textos nos conducirá a contemplar a un Dios que empieza siempre de nuevo con cada uno de nosotros. Así de bello lo expresa A. Grün: «Las imágenes de la Navidad pretenden darnos esperanza en todas nuestras dudas y decepciones: la esperanza de encontrar, en medio del cambio y el torbellino de los tiempos, una posición firme desde la cual podamos comenzar de nuevo en lo que respecta a nosotros y a nuestro mundo».

Laura Steegmann

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

CARLOS GONZÁLEZ VALLÉS
Vales más de lo que piensas.
Los principios de la autoestima
128 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 8,00 €

Cuando le preguntaron a von Karajan quién era el mejor pianista, contestó: «Maurizio Pollini; pero él no lo sabe». No sabemos lo que valemos, y necesitamos descubrirlo cuanto antes. Bajando a la práctica, algo tienen que ver con la autoestima los vaqueros desvaídos, la cabeza rapada, el lenguaje descuidado, el complejo de culpa, y la tradicional «madre judía» que marca nuestra infancia. Todo eso hay que tratarlo. Y algo puede ayudar el saber que, según san Pablo, santo patrono de la autoestima en sus dichos y en sus hechos, todos hemos ya resucitado y «estamos sentados felizmente en el cielo».

int. REV. septi 2006_gfo:int. REV. julio-agosto gr#8B1F7 18/8/06 18:37 Página 646

ST EDITORIAL
SALTERRAE
Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

J. I. GONZÁLEZ FAUS
La autoridad de la verdad.
Momentos oscuros del magisterio eclesiástico
336 págs
P.V.P. (IVA incl.): 18,00 €

La autoridad de la verdad recoge lo más auténtico de la primitiva concepción del magisterio, frente a «la verdad de la autoridad» que quisieron imponer los tradicionalistas del siglo XIX. El magisterio ordinario se ha equivocado repetidamente a lo largo de la historia, y en puntos decisivos. Lo cual no significa que se equivoque «siempre», pero sí que puede seguir haciéndolo. Para evitarlo hay que superar una concepción «inmediatista» de la asistencia del Espíritu Santo y recuperar las auténticas mediaciones neotestamentarias de la acción del Espíritu, entre ellas la historicidad y la comunión.